

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ. : PERU 1537

Valores y giros a M. Torrealba

¡Consumatum est!

Los procesados de Vera, han sido ejecutados. La horrosa tragedia fué consumada. Todas las hienas de España se relamen el hocico regocijadas. Ya pueden descansar y estar satisfechas. La paz del cementerio es la más duradera y la más segura y también la única que los tiranos pueden conseguir para sus súbditos.

De los tres asesinados alevosamente por la jauría hispánica, quizás el más feliz resulta ser Pablo Martín Sánchez, quien, dando pruebas de un heroísmo insólito, se escapó, suicidándose, burlándose así del garrote.

Suprema burla, macabra ironía de un alma varonil que prefiere la muerte por sus propias manos, que por manos mercenarias. Fué una coquetaría de un espíritu galvanizado por el dolor de los dolores, ya que para un observador vulgar tanto vale una muerte como la otra.

Es que así como de una anécdota surgen los perfiles de un carácter, de este postrer gesto la fisonomía moral de Martín Sánchez sale incontaminada.

¿Será posible equiparar a la víctima con sus verdugos? Sería para nosotros el más horrendo sacrilegio y sería como comparar a la babosa con un águila caudal.

Rueguen ellos a dios o al diablo que en el postrer instante posean la valentía y la fiera para afrontar la muerte y vencerla por toda una eternidad.

Porque así como la historia no consignó los nombres de los verdugos de Galileo, también se olvidará de los nombres de los verdugos de los procesados de Vera, soldados de una causa inmortal, por las finalidades que persigie.

Los derechos a la alegría

Los ediles que la fortuna le deparó a Buenos Aires para los días de la semana, no hay metrópoli en el mundo que ni siquiera pueda soñar tenerlos para los días de grandes solemnidades. Y lo probaremos.

Empiezan por ser unos portentos de sabiduría, de cordura y hasta de sentimientos paternales...

Es una gran dicha para nosotros poderles aplaudir y escanciarles todos estos adjetivos que se han merecido con creces.

Con ese privilegiado talento que caracteriza a los que han nacido para realizar grandes cosas, han tenido una feliz y hasta bella iniciativa. Que dios se lo pague!

Nos referimos a la feria de juguetes, flores y bombones y anexos que se inaugurará en la plaza del Congreso el 23 de diciembre.

Todo esto sería muy bueno y hasta bello, como dijimos, si esta municipalidad, de sentimientos tan gravemente patéticos, se hubiese acordado, solamente por un segundo, de los niños pobres que abundan en los barrios suburbanos, que también poseen su pequeño corazoncito y anhelan su pequesísima parcela de felicidad y de alegría.

¿Cómo no se les ha ocurrido, entonces, a estos portentosos matemáticos y substractores de la dicha común, que más necesitada de la baratura de la alegría era precisamente esa niñez cuyos padres no podrían adquirir los juguetes y las golosinas sin un serio quebranto para el reducido presupuesto familiar? Es cosa que no sabemos. Los congresales, con ese savoir faire que los distingue y los singulariza, dictaron leyes muy previsoras para reglamentar el trabajo de la infancia en los talleres y en las fábricas; pero nada supieron arbitrar para que esa niñez, no obstante esas paternales provisiones, labora y sufre, marchitando los mejores años de su vida, tuviera como compensa-

ción algunos días de solaz y alborozo, solamente algunos días, a lo largo del año, en los cuales sus almas infantiles podrían expandirse y sonreír, como las flores que se expanden y ríen cuando las besa el sol.

Pero nos damos cuenta que estamos pidiendo cordura a los insanos, a los lisiados de sentimiento, bondad, y a la luna que sirva de juguete a los niños pobres y necesitados de cariño y de alegría; cosas imposibles y absurdas tanto las unas como las otras.

Es justicia...

A Blasco, novelista y revolucionario de última hora, autor de la campaña contra la dinastía española a base de papel impreso y pompas de jabón, le sucedió un hecho extraordinario y regocijante: le fué suministrada una paliza formidable, que hará época en los fastos del pugilismo universal. ¡Qué alegría!

El que había pretendido fundar la república en París y en el hotel Mayestic, donde se aloja, nunca pudo imaginarse que la profesión de revolucionario, aun a la distancia, también tuviera sus quebrantos y sus caídas nazarénicas. Porque él quiso voluntariamente ser a su vez redentor. A ver si los yanquis que, según él, le han pagado un dolar por palabra, aumentarían el precio de sus novelas para reponer los millones gastados en la valerosa empresa de desfacer entuertos y desencantar a España, su dama, cautiva de la morisma, que en este caso es la cáfila de los Alfonsos y Primos de Rivera.

El suceso auténtico y verídico acaeció en Bruselas, al pronunciar Blasco una

conferencia en el local de la Liga de los Derechos del Hombre. En sus comienzos fué muy aplaudido por la claqué habitual en esos actos. Pero repentinamente surgieron gritos, voces estentóreas, silbidos y oyose un patalear furioso. Erán varios españoles monárquicos, que — más papistas que el Papa — le decían, gritando, que tuviera el coraje civil de repetir en Madrid todo eso que con tanta frescura proclamaba en Bruselas, donde a nadie le importaba un comino lo que le sucediera a España. El revuelo subió talmente de punto, que hubo de suspenderse la conferencia para mejor oportunidad.

Al salir Blasco Ibañez, se le hizo una manifestación tan contundente y hostil que tuvo que refugiarse en un coche, embutido por la multitud enfurecida que le propinaba golpes y empujones, orquestados por bochazos, gritos y silbidos ensordecedores. ¡Qué hermoso espectáculo debe haber sido y qué bien nos hubiera hecho presenciarlo! Pero asimismo nos alegramos mucho de que se le haya escanciado al inefable Blasco, paliza tan feroz e imperialmente soberana, porque así purga los dentuesos, las burradas y los insultos a los revolucionarios que arriesgaron sus vidas, y las perdieron hace pocos días, ejecutados por la injusticia española.

Si el adagio vulgar dice que todo redentor es crucificado, a Blasco lo "crucificaron" con los puntapiés propinados por sus connacionales... Y esto sí, es justicia...

Se alquila...

La bobería mundial había fundado firmes y risueñas esperanzas en esa Corporación que, por amargo sarcasmo, se deno-

mina Liga de las Naciones, creyendo que ella conseguiría lo que el tribunal de L. Haya y otros organismos semejantes no pudieron llevar a cabo con el fin determinado de hacer cesar los conflictos guerreros. Solamente los bobos de nacimiento y por herencia; transmitida de un siglo a otro, podían forjarse ilusiones sobre tan deleznable realidad.

A desyanecer y a matar las ilusiones florecidas en la cabeza de los papistas, ha venido a caer como una bomba de estruendo la reciente nota británica, "cortés, pero enérgica", enviada a la Liga, conminándola a "que no intervenga directa o indirectamente en las cuestiones suscitadas en Egipto por los nacionalistas". Con esto demuestra Gran Bretaña que la Liga está confeccionada para atrapar mosquitos, no estando hecha para detener los vuelos conquistadores de los moscardones.

No sabemos qué afrenta mayor se le hubiera podido inferir a los miembros de este organismo: Si tuvieran un poco de vergüenza y también un poquito de dignidad, deberían renunciar y, parodiando a Cromwell, colgar en la puerta del edificio donde se alojaron hasta ahora, este cartelito con la breve leyenda: "to be let" equivalente a "se alquila".

Y apresúrense a realizar este gesto, que desintegrados de la jamensa y numerosa cofradía de los parásitos, les daría la tranquilidad de conciencia que no consigue a fuerza de humillaciones y claudicaciones sin fin.

Es que si no se apresuran, ya vendrá el día que los pueblos se cansen de tan indigna comedia y, arrojándolos a la calle, será él quien pondrá el famoso cartelito: "To be let".

Frente a la España negra



EL PROLETARIO. — Ya nos veremos las caras, ¡asesinos! Y entonces... ¡No pidáis clemencia!

La iniciativa individual

Teoría y práctica. Los extremos de la anarquía — Iniciativa y agrupación — Viaje viejo — A teoría nueva, nueva táctica — Napoleón I y España — La fuerza de la iniciativa — Méjico y Napoleón III — La toma de la Bastilla — La ausencia de jefes — La marcha de las mujeres hacia Versalles y Maillard. — El 10 de agosto de 1792 — Espontaneidad de los hechos revolucionarios — El sitio y la Comuna de 1871 — Venimos por falta de iniciativa — El error de confiar en los jefes — Clarividencia y falta de iniciativa en la multitud — Iniciativa y coordinación — El internacionalismo — Identidad de sufrimientos en todos los pueblos — La miseria es el resultado de la riqueza en productos — Torpesa de los gobernantes burgueses — La revolución es ahora — El ejemplo.

Obrar por sí mismo, no subordinarse a tal individuo o a tal agrupación; obrar como uno, piensa, como uno siente, sin preocuparse de las griterías o de los anatemas, he aquí lo que, teóricamente, se ha abierto paso en las concepciones anarquistas.

Teóricamente, pues es de presumir que en la práctica uno no se desembaraza tan fácilmente de los arraigados errores de nuestra educación y de las agrupaciones por donde ha pasado.

Se apela a la libertad individual, se proclama la libre iniciativa del individuo; pero cuando es necesario obrar casi nadie se mueve. Si nos adherimos a una agrupación, nos habituamos a escuchar el continuo pororar de dos o tres individuos, siempre los mismos; nos desentendemos siempre del trabajo que se debe realizar en cada agrupación, dejándolo en manos de los que se muestran más activos, más laboriosos; y si además nos comportamos con bastante intolerancia frente a los que no pensamos como nosotros.

En suma, en apariencia poca cosa ha cambiado. Pero cosas en apariencia, pero mucho en realidad: nuevas aspiraciones se abren paso en los espíritus. Los hombres-providencia han perdido su prestigio; un débil resplandor en lo recóndito del entendimiento humano comienza a iluminar el sendero por donde la personalidad humana marcha hacia su liberación.

Esta idea no ha dejado de tener, como cualquier otra, sus defensores extremistas: "Iniciativa, autonomía!", gritaron algunos, "quiere decir que yo debo marchar solo; sin ocuparme de los otros; grupos, sociedades, todo eso es juego viejo, embarras. Sólo existe mi Yo: Yo hago lo que me da la real gana, tanto peor para los otros".

Varemos pronto que la iniciativa y la autonomía se concilian muy bien con la agrupación. Aquí me limitaré sólo a constatar a los que, reconociendo el principio de iniciativa y de autonomía individual, agregan, sin embargo, que únicamente son aplicables en una sociedad transformada; que, por el momento, para luchar eficazmente contra el orden social actual, es necesario subordinarse al principio de disciplina, única facultad apta para permitírnos luchar fructuosamente contra las fuerzas organizadas del mundo burgués.

Enseñando la revolución como una lucha de ejércitos, "sería lamentable, dicen, tratárase de combatir fuerzas organizadas, luchar contra ellas una multitud sin cohesión, obrar sin coordinación, sin plan concienzudamente combinado, obrando cada uno de su lado, a la ventura.

Es necesaria una voluntad central para combinar los esfuerzos, saber aprovechar los puntos débiles del enemigo y dirigir hacia ellos las fuerzas revolucionarias que serían impotentes permaneciendo esparcidas".

Influídos por lo que les rodea, estos individuos olvidan lo que debe ser una revolución económica: no pueden concebir que a una teoría nueva debe corresponder una nueva táctica.

En presencia de los ejércitos formidables que poseen los gobiernos actuales, ¿cómo es posible resistirles sin oponerles fuerzas similares? ¿Cómo evitar su táctica si no se le opone otra que posea la misma precisión, el mismo mecanismo?

Si, para combatir el poder los revolucionarios se entretienen en remediarlo, en jugar a los soldados mirando supuestas batallas; es cierto que será necesario adoptar una táctica, no la jerárquica.

Y la cuestión del 71 es una fuente de enseñanzas para indicar que, cualquiera sea la razón de que se desvirtuó el poder, es necesario manifestar inmediatamente la fuerza en condiciones cuya realidad hace imposible resistirles. ¿Cómo evitar su táctica si no se le opone otra que posea la misma precisión, el mismo mecanismo?

Si, para combatir el poder los revolucionarios se entretienen en remediarlo, en jugar a los soldados mirando supuestas batallas; es cierto que será necesario adoptar una táctica, no la jerárquica.

Y para conseguir desorganizarlos, no se necesita la estrategia, sino la realización de hechos que terminen por sacudir su obediencia pasiva, abrir los ojos a un nuevo estado de cosas.

Cada vez que los pueblos quisieron seriamente resistir a los invasores, encadenados por el error del militarismo, trataron de concentrar sus fuerzas en cuerpos de ejércitos, ya que sólo creían en la eficacia de las grandes batallas, pero estas concentraciones de sus fuerzas militares únicamente fueron posibles después de haber vencido al enemigo por una guerra de detalle, encarnizada, continua, de cada día.

Militarmente, España fué vencida por Napoleón. Sus ejércitos destruidos, su gobierno disperso, su territorio invadido, por todas partes el enemigo dueño de la situación.

Pero los españoles no renunciaron a la lucha; cada casa convirtió en una fortaleza, cada roca, cada matorral en una emboscada contra el invasor; cada campesino en un soldado que pacientemente aguardaba su víctima, para desaparecer realizado el hecho, resultando imposible aprehenderle, protegido por la complicidad de todos, y recomenzando cuando se presentaba la ocasión propicia.

El soldado aislado estaba seguro que de un momento a otro, ora en algún paraje del bosque, ora en el recodo de un camino, le matarían en un balazo, si es que no recibía una puñalada cuando menos se lo pensara.

Al entrar en una aldea, la compañía, el destacamento sabía que no encontraría ni agua ni víveres; ante el vencedor se hacía la soledad, el vacío, mientras a su retaguardia se restablecía, más compacta, la ola de los perseguidores invisibles.

Y ésto, sin necesidad de órdenes ni de poder central. Si, es cierto que existía una junta directiva, pero como estaba constreñida a disimularse, sus órdenes no hubiesen tenido ningún efecto, o habrían llegado demasiado tarde, si el mismo estado de espíritu del pueblo no hubiera inspirado esta táctica.

Ante ella la de Napoleón terminó por desmoronarse. Los papeles se cambiaron y los vencedores fueron los vencidos.

En Méjico, lo mismo, a Gené Bedinque fué a ejecutar "el gran pensamiento del reino". La situación fué semejante: las batallas campales dieron la victoria al invasor, las ciudades fueron tomadas por asalto; pero las escaramuzas, las guerrillas, superaron y vencieron bien pronto al ejército victorioso. Los conquistadores debieron renunciar a su presa.

Prueba evidente de que la verdadera fuerza reside en la voluntad del individuo, en su iniciativa, en su energía aplicada al momento oportuno con perseverancia y sin solución de continuidad.

Si consideramos los hechos de las revoluciones pretéritas, no salta a la vista que únicamente fué vencedor el pueblo cuando obró por sí mismo, bajo el impulso de los acontecimientos? ¿Y que fué vencida cuando se dió jefes?

Cada vez que la masa se subleva, se agita, la primera explosión es siempre el producto de un movimiento espontáneo. Sin jefes, sin órdenes, obedeciendo al solo empuje de las circunstancias que se hacen sentir, la multitud se yergue y realiza los actos cuya necesidad se impone. Alcanzada la victoria, entonces aparecen los jefes!

En el 89, mientras los Estados Generales discuten y agorazan con la realzada, ¿qué hace el pueblo sublevado? Una palabra ha sido pronunciada no se sabe dónde. Una boca anónima ha gritado: ¡a la Bastilla! Se consideraba a la Bastilla como la fortaleza de la tiranía. En presencia de la multitud, sin órdenes, sin jefes se lanza al asalto de la fortaleza, organiza el ataque y la Bastilla cae en sus manos.

Algunos nombres se desprenden de la multitud, pero éstos no son los jefes; son, simplemente, los que proporcionan la iniciativa, sus consejos y no sus órdenes; son seguidos porque concuerdan con el sentimiento del pueblo, y su personalidad desaparece realizada, la acción.

Si se desembaraza al hecho de su leyenda, no se puede menos que reconocer que la toma de la bastilla fué, materialmente,

una cosa insignificante, pero importante por su efecto moral; pues hizo temblar a la realzada, proporcionó coraje al vientre de Thiera, quien quizás, sin eso, no se hubiera animado a hablar como ante el rey y a su esposa.

Y la marcha de las mujeres hacia Versalles! París estaba en efervescencia. Se acerca a la Corte de ser, por su alejamiento de París, la causa de la carestía de los víveres. Se murmura, diciendo que era menester forzar al rey a que retornara a París.

Cierta mañana una joven se apoderó de un tambor en la posta de San Eustaquio y le hace resonar energicamente a través de las calles; la multitud se apiña y la sigue; un ejército de mujeres se organiza, invade el Hotel de Ville, se lleva por delante, o poco más o menos, a los miembros de la Comuna, tratándolos de malos ciudadanos y amezando, nada menos, con poner a fuego los papeletes y el edificio.

Aparece entonces Maillard, el que las disuade de su propósito; lo consigue solamente cuando les aconseja marchar sobre Versalles, dejándose arrastrar por ellas; de allí traen otra vez al rey y a su familia, la que, colocada bajo la vigilancia directa del pueblo, proporcionó más de un obstáculo a sus manejos contrarrevolucionarios.

Y ese Maillard, que surgió no se sabe de dónde, desaparece en seguida entre la multitud, para no reaparecer más que otra vez, cuando las famosas jornadas de septiembre.

El 10 de agosto del 92, cuando los parisienses se apoderan de las Tullerías y hacen prisionera a la familia real, ¿dónde estaban los jefes: los Danton, los Marat, etcétera, mientras el pueblo se sublevaba? Se sabe que el obstáculo es el rey, su séquito. Un grito parte de la ola anónima: ¡a las Tullerías! Y la multitud se lanza en dirección a la mansión real, pasa sobre el vientre de los guardias de corps y de los suizos, destruye las puertas, fuerza al rey a constituirse prisionero de la Asamblea Nacional, la que ya no se desembarazará de él sino para entregarlo al patíbulo.

En ese momento nadie manda. El que tiene la comprensión más clara o más distinta de las cosas, señala dónde era menester asestar el golpe, no haciendo más que precisar lo que toda la ciudad sentía.

En esos momentos el individuo no cuenta, se sigue a la inspiración. La mejor prueba de este aserto es que, pasada la acción, se ignora de dónde ha venido la iniciativa. Estaba en el aire.

En 1830, 1848, el 18 de marzo de 1871, en cada fecha similar la victoria pertenece a la multitud anónima que se apodera de las calles, voltea a los que la oprimen y va a herir donde es menester; y no es vencida sino en el instante en que, ebria de su victoria, es bastante estulta para confiar su dirección a jefes que vacilan, tergiversan, detienen su impulso, justa, mente cuando el pueblo espera el de ellos, y no tienen más que un fin, unirlo otra vez al yugo que acaban de romper.

Esto trae a mi memoria otros hechos menos salientes, pero tan probatorios como los arriba mencionados, que tuvieron lugar durante el período revolucionario del 70-71.

Todo el mundo conoce el lamentable fin de la Insurrección del 31 de octubre que, primero triunfante, fracasó por la impericia del nuevo gobierno que habían nombrado los revolucionarios y que perdió el tiempo en discutir, en redactar decretos y proclamaciones, olvidando la cosa más elemental, traer al Hotel de Ville los batallones con los que podía contar, descuidando el poner en la imposibilidad de hacer mal al gobierno precedente.

Por otra parte, los guardias nacionales, orgullosos de tener jefes, creyeron que todo se desarrollaba en el mejor de los mundos, que cada uno podía volver tranquilamente a su casa, lo que hicieron complacidos.

Al día siguiente sus jefes eran prisioneros del gobierno que habían vencido la víspera: éste se había preocupado en concentrar las fuerzas reaccionarias, en barrer a los que le habían reemplazado y se había puesto en condiciones de reprimir cualquier movimiento nuevo que se produjera.

Ésto es ya típico como expresión de la maleficencia de la 24 en los jefes; pero he aquí otro hecho que evidencia la utilidad que puede proporcionar a los individuos saber obrar por propia inspiración, sin solicitar pareceres a los que se creen autorizados a concebirlos.

El hecho que he relatado por un amigo que lo presencié. No me acuerdo más de los nombres, pero poco importa.

Era la noche del 31 de octubre, en el distrito XIII. La noticia de la toma del Hotel de Ville puso en movimiento a los batallones revolucionarios para dirigirse a la plaza de la Grève.

Pero el estado mayor del distrito se hallaba reunido en la alcaldía. Los batallones cometieron la torpesa de detenerse y enviar delegados a la junta que formaba el estado mayor, reunida en la sala.

Allí un señor galoneado les espetó no sé qué arremos, aconsejándoles retornar a sus respectivos hogares, asegurándoles que todo iba bien en el Hotel de Ville, que no se necesitaba, en manera alguna, su ayuda, etcétera.

Uno de los insurrectos se apoderó de la culata de su revólver, la sacó a medias del cinturón, e interrogando con la mirada a uno de los jefes más aclamados del XIII batallón, preguntó si era menester horadar de un balazo el cerebro del orador.

El interpelado movió la cabeza en sentido negativo, y el revólver volvió al cinturón; el orador logró persuadir a los batallones, y éstos retornaron a sus hogares; el Hotel de Ville, libre de los defensores, fué recuperado por los bretones y los guardias nacionales de Langlois.

Si, en lugar de solicitar una aprobación, el hombre del revólver hubiese roto, sencillamente la cabeza del adormecedor, las cosas hubieran podido cambiar, los batallones descendiendo al Hotel de Ville habrían afrontado la reacción. Si los acontecimientos posteriores hubieran sido óptimos o pésimos, eso no se sabe.

En todo caso, lo que querían en ese momento los parisienses era defenderse de Alemania, lo que hubieran logrado embarazándose de los burgueses de la Defensa Nacional, quienes solamente un fin tenían: salvaguardar los derechos del capital, desarmando una población que les inquietaba sobre las futuras posibilidades.

Exactamente lo mismo al día siguiente del 18 de marzo. De esto si me acuerdo, pues atrajo singularmente mi atención; los batallones del distrito que yo habitaba (el V), despertados todas las noches durante ocho días, se dirigieron a la plaza del Pantheon, para aguardar allí las órdenes del Comité Central.

"Es para marchar a Versalles", declan los hombres. "Es necesario marchar a Versalles, no hay tropas", esta era la exclamación de todos. Y aguardaron horas enteras, alineados en la plaza, órdenes que no llegaron.

Sin embargo, y esto lo noté bien, todo el mundo fué a ocupar su sitio en los batallones, sin rehusarse nadie; no solamente los obreros, sino los comerciantes del barrio estaban presentes y no solicitaban más que una cosa: marchar! El Comité Central no supo aprovecharse del entusiasmo, ni en lugar de obrar, discutir sobre su propia ilegalidad. Ni impartió órdenes, el entusiasmo declinó, y cuando quiso hacer marchar a los hombres, muchos que habían recobrado su ordinaria apatía, se cultularon, viendo que el antiguo gobierno recuperaba sus fuerzas.

Si los hombres, o simplemente de entre ellos una minoría decidida, hubiese estado bien impregnada de la idea de iniciativa, en lugar de esperar pasivamente habría obrado como la mujer de 1789, arrastrando a sus compañeras en busca del "panadero, de la panadera y de su hijo", se hubieran colocado a la cabeza de su compañía.

"¿De qué nos sirven las órdenes para dirigirnos a Versalles?", habría dicho. "Emprendamos la marcha, arrastrando a todos los que encontremos en nuestra ruta".

Y como, en efecto, el gobierno de Versalles sólo estaba defendido por algunos gendarmes, si hubiera sido atacado y forzado a huir, se habría logrado el triunfo de la idea comunista. Habríamos, sin duda, evitado la sangría de 35.000 hombres que hizo desaparecer a los más enérgicos y que, hoy día, pagamos con esta depresión moral que permite se acepta las peores ignominias sin chistar.

Tal vez hubiera sido necesario, a continuación, combatir a la comuna como demasiado autoritaria y reaccionaria. Pero yo me coloco en un punto de vista y compruebo que más iniciativa de la parte de sus defensores habría contribuido en sumo grado para llevarla al triunfo. Pero fué vencida por haber querido jugar demasiado bien a los soldados.

Para nosotros, los anarquistas, la revolución social no debe consistir en un simple combate de poderes; sino en la transformación más completa posible del estado social; en la abolición de todas las instituciones políticas y económicas de la hora actual; en el acto de poner a disposición de cada uno el suelo y los instrumentos.

No deberán elevar una autoridad de su elección los que desearan romper las cadenas de la esclavitud; sino, por el contrario, destruir todas las que intentaran reemplazar a las antiguas.

La lucha se entablará en todo lugar donde haya una autoridad que derribar; municipal o central; por todas partes donde haya suelo para avaloralo con el trabajo, una explotación que impida, un signo de servidumbre política o económica que destruya.

Y, para esta lucha, se comprenderá, desde luego, que no hay que esperar órdenes ni consultar ninguna autoridad, sino solamente obrar por todas partes donde haya individuos aferrados de libertad.

La lucha deberá extenderse a la vez por todas partes y sobre todos los puntos. Vencida aquí, triunfante más lejos, la revolución hará su camino para no detenerse sino cuando la última tentativa de autoridad haya sido quebrantada, el último vestigio de explotación destruido.

Este trabajo no puede ser la obra de un pueblo servil o rutinario; solamente puede ser la obra de individuos libres de toda servidumbre, imbuidos de las ideas de independencia, conscientes de su fuerza, sabiendo obrar por sí mismos.

Es evidente que cuando digo que la iniciativa sola debe presidir a la nueva táctica, no quiero expresar con ello que esos esfuerzos espontáneos no deban concertarse, combinarse. Si yo rechazo la unidad proveniente de los jefes, creo, en cambio, que la coordinación debe surgir de la entente de las iniciativas que nacen en el seno de la multitud y que es la única eficaz, pues solamente ella puede respetar la iniciativa de los disidentes.

Pero, y esto es evidentiísimo, para vencer, la próxima revolución deberá ser internacional. Si se localizara, no tardaría en ser vencida por la coalición de todas las fuerzas burguesas las que no tienen fronteras cuando sus intereses están amenazados. Será necesario que cada gobierno tenga bastante que hacer dentro de sus fronteras para que no disponga del tiempo necesario para meter la nariz en los países vecinos.

Los acontecimientos deben traer esta lucha universal. Corresponde a los hombres de iniciativa saber aprovecharlos. La miseria hace estragos por todas partes, el descontento es universal. Lejos de disminuir, se acentúa.

Sufrimos la miseria porque los almacenes rebosan de productos, y el desarrollo del instrumental mecánico no puede sino acelerar más todavía los malos efectos de la organización social actual. Los actos de revuelta se multiplican en todos los países, y el único remedio que hasta ahora ha sabido encontrar consiste en leyes restrictivas, remedio poco limpio para curar la miseria.

Los mismos burgueses comienzan a reconocer que su estado social necesita ser compuesto; pero como no pueden dar nada fundamental sin tocar sus privilegios, a lo que no llegan a resolverse, están constreñidos a hacer juegos malabares y a forzar sus gobiernos a esgrimir la reacción.

Aceleran así el movimiento de descontento. Muchos de ellos están tocados más o menos por las ideas nuevas. Claro está que su desinterés no irá hasta convertirse en fervientes campeones; muchos saben recogerse a tiempo cuando la cosa va demasiado lejos; pero la fuerza de re-

sistencia del sistema burgués está gangrenada. La brecha está abierta.

Es, pues, por la iniciativa que triunfarán las ideas nuevas, pues la guerra que entablarán—discrepará absolutamente de las guerras entre los Estados políticos, se diferenciará también de las revoluciones políticas pasadas.

Los esfuerzos de los rebeldes no se desarrollan en un espacio determinado, el campo de batalla está en todas partes, donde haya un abuso que combatir, una explotación que destruir, un prejuicio que eliminar.

La guerra es de todos los días, de todos los instantes. El combate es comenzado por uno más impaciente. Imitado por otros, aumenta tanto el número hasta que la intensidad hace mover a las multitudes.

¿Quién es, pues, el jefe que podría vigilar el inmenso y continuo combate. Corresponde a cada luchador, a cada grupo solidario preocuparse de su iniciativa, de su fuerza, de sus recursos para la lucha, y saber utilizar los elementos de éxito que se presentaren.

Nuestros zapadores y mineros no trabajan en una sola nación, sino en todas, sin cesar ocupados en desmoronar los muros del edificio apollillado.

Por todas partes donde hay oprimidos: pobres, asalariados, espíritus sedientos de independencia, cada uno aporta su parte de deseos y de aspiraciones a la obra de transformación. A ellos corresponde saber obrar cuando la ocasión se presenta.

Los que arrastrarán a la multitud en la próxima revolución, serán: los que prediquen con el ejemplo, los que manifiesten más entusiasmo, más energía, más vitalidad, más arranque, para señalar la ruta.

Pero también la multitud deberá saber usar de la iniciativa a su vez, al derribar de los pedestales a los que querían encaramarse los que siempre anhelan ser los amos.

Cuando la sociedad capitalista se sienta atacada de todas partes: en los falleres, en los campos, en la escuela, en los mismos cuarteles; cuando en todas partes se yerga el famélico reclamando su parte del festín, el oprimido reclamando su parte de espacio; cuando los gobernantes no sepan ya adónde dirigir sus ejércitos, estarán cerca del fin.

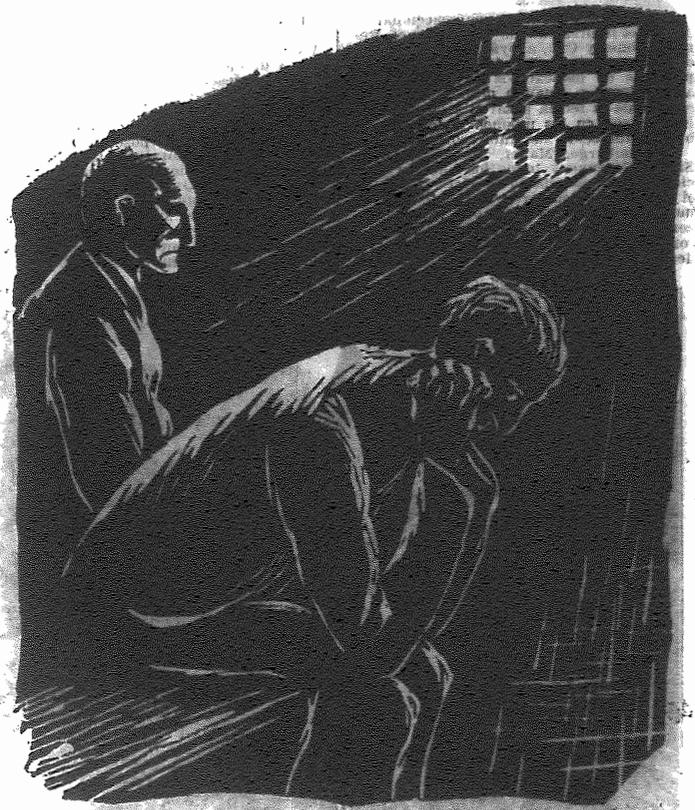
¿A qué institución dirigirse para pedir hospitalidad junto con sus privilegios ya que en todas partes, no habrá lugar más que para la iniciativa personal?

JUAN GRAVE

(De L'Anarchie, son but, ses moyens, editor Stock, Paris.)

portadores de la misma palabrita en nombre de una nueva, última y eterna verdad.

Tan sólo cuando suene la hora final de todo poder y caigan de los altares los últimos ídolos sin dejar el puesto a otros nuevos, habrá terminado ese círculo de la ceguera y la humanidad comenzará un nuevo capítulo de su historia espinesca.



Pero hasta entonces será la misión más urgente de todos los revolucionarios pensar en los hermanos y hermanas que sufren tras las rejas de las cárceles y tras las puertas cerradas y tienen que enmohecerse como rejas del arado retiradas del trabajo.

Por los desiertos corredores de aquellas casas de cadáveres del tiempo, donde vegetan en estrechas celdas vidas aniquiladas, ambulan fantasmas tenebrosos, el súcubo teje su redes. Millares de esperanzas son enterradas allí y punzante desesperación desequilibró algunas almas. Tras los muros espesos tiene una vida propia su círculo sombrío. Y nada queda a las víctimas de aquel infierno más que el pensamiento en los hermanos de afuera, que no los olvidarán, que procuran hacer entrar en ebullición la conciencia del mundo. Su cerebro gira siempre en la misma órbita silenciosa. ¡Ay de ellos, ay de nosotros si los olvidamos! Como un grupito de supervivientes en el pozo de una mina húmeda, aplican el oído al muro para escuchar si se acerca, al socorro. Y todo leve golpe de aquella parte les infunde febril esperanza y melancólicas espera. Procuremos que nuestros golpes sean más recios y perceptibles, que cunda por el país el grito de la liberación de los presos políticos más y más poderosamente, hasta que no pueda resistir nada a sus murmullos y se levanten a nueva vida de los mil sepulcros los hermanos presos.

RUDOLF ROCKEE

¡NO LOS SOLVIDEMOS!

En todas las revoluciones la primera labor de las masas en rebelión fué destruir las Bastillas para devolver la vida a aquellos a quienes se había enterrado, a causa de sus ideas y de sus hechos rebeldes, tras los muros de la prisión. Ese impulso interior instintivo de las masas en pro de los individuos que sacrificaron su libertad por la dicha y el bienestar de todos, fué siempre uno de los fenómenos más maravillosos y sublimes de todo levantamiento revolucionario. Fué un impulso hirviente, la exigencia inconsciente de un deber incumplido que surgió espontáneo del seno de las masas y surge siempre de nuevo.

En los momentos de exaltación en que un pueblo que rompe sus cadenas destruye las puertas de las cárceles de la tiranía para abrir la ruta libre a las víctimas de una infame justicia de clase, se siente con claridad el lazo interno que une al individuo con la totalidad. Las profundas raíces en que todo YO está confundido con el NOSOTROS en honda comunidad espiritual.

Pero todas las revoluciones del pasado sólo han producido hasta aquí una modificación puramente formal del principio del poder. Se arrojaron al suelo los viejos ídolos para poner ídolos nuevos en los viejos altares, y los sistemas de la esclavitud se sucedieron como los anillos de una monstruosa cadena. Por eso los revolucionarios de ayer se convirtieron en los opresores de hoy al emplear los mismos métodos que ayer se emplearon contra ellos, arrojándolos en la balanza contra sus opositores. Y eso fué debido menos a la traición o a la calumnia de los ideales largamente abrigados que a la lógica inflexible de los hechos. Quisieron ser los timoneros de la gran máquina del Estado y se convirtieron en los esclavos de ese aparato que debía servirles de instrumento. Y como junto a cada trono está el verdugo y junto a cada iglesia la cámara de tortura de la inquisición, junto a toda dominación, de cualquier naturaleza que sea, está, como un accesorio indispensable, amenazador, la cárcel. Y así como los hombres de ayer declararon la guerra despiadada a los portadores de la palabrita "¿por qué?", del mismo modo los nuevos hombres de hoy combaten y excomulgan a los nuevos

Apólogos

Flores.—

Hie el sol... El patio báñase de claridad. Un joven. Su diestra sostiene una escudilla. — húmedo humilde — en la que burbujan flores: escoge, y las que ya marchitas pendán exánimes, va arrojándolas al corral.

Varias gallinas esperan y miran. Las flores caen... Y, tras breves volteretas, al tocar el suelo se hacen añicos... Las aves acuden presurosas, con las caróticas pupilas agudas de codicia. El joven las contempla y, condoído por la destitución que las espera, entre compasivo y fiero, dice:

¡Ay, pobres! Son flores, candidas rosas que en un tiempo fueron, las que en mi tana no podía ya guardar...

El insulto.—

Una noche de infinito azul, como, caliginoso... Sobre la esbelta línea que taja el horizonte, un hombre. Su accesorio: el gantecico, llena el espacio.

Camina, mirando a lo alto, y al divisar engastado en el negro domo un vago claror que, suspiroso pugna, por alcanzar el mástil de la luz, sus pupilas se crispán. Iracundo se inclina. Su mano se hunde en el suelo. Luego, con fuerza, lanza el puñado de barro para que la luz no sea. El proyectil llega, se incrusta en la nebulosa, y una estrella se prende. Se inclina otra vez; el gigante vuelve a enviar su carga de cieno y una segunda estrella florece. Repite el hombre su insulto y por cada puñado de barro florece una estrella. El mundo está cubierto de estrellas.

El mástil de la luz ha sido...

Las Artes plásticas en el extranjero
Roland Chavenon

Las diversas escuelas que reaccionaron contra el impresionismo de los Manet, Renoir, Monet y Cía., apoyándose en la obra de Cézanne, quisieron despojar las artes plásticas de los excesos de literatura y anecdotalismo y, cuando desde los pinceles obreros de la teoría pasaron a la práctica, incurrieron en los mismos vicios de que habían adolecido sus antecesores.

Sin embargo, Manet, Monet, Pissarro, Sisley, Cézanne y todos los que pertenecieron a la escuela impresionista, los más el tiempo que dedicaron a su arte que los momentos que malgastaron inventando conceptos-resortes, que tanto se alargan como se acortan sirviendo para negar o despreciar, a fin de que la gente compren-

guardarropa y un numeroso surtido de corbatas. Y que además, para conseguir todo esto, son capaces de acclones lacayescas y de ejecutar cosas que los harían aptos para desempeñar un portería en cualquier casa rica.

Leonardo dijo: "che la pittura é cosa mentale", nosotros deducimos que, cuando se tiene una mente, se posee una conciencia y por ende una moralidad individual cualquiera, pero siempre una moralidad. Ejemplo la biografía de los grandes creadores en las esferas de la vida y del arte. Un Virgilio se supera solamente en los momentos en que tuvo sus querrelas con la Roma de los emperadores degenerados, y Goya, acaso su pintura es la de un



R. CHAVENON — Paisaje (Ollivettes)

diera sus composiciones. Si hicieron obra mala o buena y discutible, en la cual pusieron los años mejores de su vida y lo mejor de sus espíritus.

Pero ahora se ha inaugurado la era de la pintura pura que vive "per se", que desdén cualquier elemento accesorio, que pueda resultar heterogéneo a la finalidad plástica que persigue, se escriben volúmenes que vuelcan ríos de tinta, se desperdician bobinas de papel con el loable propósito de que la gente compre y calle. Poco importa que no entienda las teorías explicativas de los pintores ni sea alguna admiración por sus cuadros; la cuestión es, como con el dinero se hace la guerra, con el se pueda hacer pintura. Hacerlo, haciendo, manoseando, fotografiando y hasta llegar a ser presidente de una sociedad recreativa o de arte, que es la misma cosa.

El resultado: la labor silenciosa y la dedicación exclusiva a su arte, son cosas "demodées" y buenas para esas estantijas, "verbi gratia, Miguel Angel y toda la chusma primitiva que entregaba toda una vida para crear una obra anónima y, no obstante, eterna.

"Cultiva el verso, pero, paralelamente, cultiva el éxito", decía un poeta que gustaba de la buena mesa y de la vida doméstica del ganso en su charquito.

Lo que nosotros los reprochamos a las modernas escuelas no son sus fórmulas revolucionarias ni el estrambotismo de sus formas plásticas, ni los más enervados conceptualismos, ni que compongan mosaicos o logojos, sino que sea insostenible el reclamo, esa vanidad enformista, ese verdor que se pasa por todas las redacciones de diarios implorando un elogio, una aquiescencia y una complicidad a fin de que los dejan madurar y prosperar.

Nada nos escandaliza de lo que sucede en los dominios del arte, a causa de la impetuosidad de preconcepciones innovadoras. Por experiencia sabemos que todos esos movimientos de furo y refuro son necesarios y siempre resultan benéficos, siendo firmes y naturales como las revoluciones o como las revoluciones, con sus tempestades y sus días de sol.

Nosotros, en el fondo de estas protestas de arte, buscamos una salida de toda obra y entera, sin retaceos; no manifiesta con forma humana, que imponga como pretexto la pintura, la escultura o la escritura para tener bien provista la mesa, el

pintor palatino que adula con sus pinceles a los poderosos?

Siempre hay un sentimiento de rebeldía, de dignidad viril en todas las obras maestras. Son los que no se resignan con la vida sordida de todos los días ni con el ganado humano que pasta en las praderías de la estulticia.

Las críticas que se publiquen en estas páginas no serán, por cierto, escolásticas ni microscópicas, ni pobladas de fórmulas algebraicas, sino concebidas y escritas teniendo en cuenta lo que nosotros creemos el motivo medular de todas las artes, ya que los hombres, cuando se expresan mediante ellas, hacen y rehacen sus autobiografías.

Dejaremos la palabra a Luis Vaucelles, que nos va a hablar de Roland Chavenon, quien hace poco expuso sus obras en el de Beheim-Jeune, obteniendo un éxito discreto y silencioso, a pesar de la seriedad de sus intenciones artísticas.



R. CHAVENON — Retrato

Yo no sé si ustedes crearán en la virtud de los prefacios, aunque exista todavía alguien — rara avis — que los lea hasta terminar. Son prefacios que uno no se atreve a negarle al artista, quien se dirige a nuestros sentimientos caritativos y también a nuestra vanidad, invocando el poder bastante precario de la crítica. Sabiendo que Roland Chavenon se apresta a afrontar la hidra por primera vez, le rogamos que me dejara decir un par de palabras a este público de los "vernissages" del cual él tiene poco que temer, ya que precisamente es el que ama la labor proba y sabe festejar alborozadamente al verdadero talento.

Yo lo conozco bien a Roland Chavenon, a quien desde los principios de su carrera seguía en sus progresos, permaneciendo largas horas en su estudio de la calle Belloni, buscando adivinar y casi siempre discutir, ante las telas, los problemas que nos interesan igualmente a los dos. Ahora yo sé lo que él quiere, busca e intenta realizar.

Ante todo, Chavenon está dotado de una sensibilidad profunda y casi femenina; tierno y ferviente, su cultura es amplia. Fascinado por el demonio de la escritura que roe y corroe a muchos pintores actuales, firmó páginas de críticas penetrantes y comprensivas; y habiendo traducido su pensamiento mediante la pluma, comprendió que para un colorista lo mejor era expresarse por los pinceles.

El camino de arte recorrido por Chavenon no es de lo más trillado. En sus comienzos, solicitado por la decoración mural, se lanzó a realizar empresas peligrosas, entrapándose en síntesis prematuras. Sus mismas primeras telas se resisten un poco por la sucinta y primariamente sumaria composición, aunque ellas obedecían al horror que experimentaba por la complejidad charlatana y chillona. Aplicaba a la pintura de caballete el procedimiento de los frescos, que exige en su radiación matizada severas simplificaciones.

Después volvió a esa labor que se realiza al pié de la obra, es decir que el primer deber de un artista es no perder el contacto con la naturaleza ni con el objeto que se desea pintar. Dos años de análisis y de estudios directos del natural sucedieron, pues, a la manera preceden te.

Y es la labor de esos años que él expone en esta sala. He ahí telas radiantes y bien compuestas, tales como el paisaje "Ollivettes", un "Rincón de estudio", el "Niño Hipólito", de un dibujo nervioso y de una vida interior sumamente expresiva, y esa serie de naturalezas muertas que llamarán la atención de aquellos cuyo gusto artístico es exigente y difícil.

Chavenon, no obstante su relativa juventud, logró un color que le es propio, una composición, una materia y una modalidad de pensamiento y expresión inconfundible. Es difícil que firme sus telas: porque en esta personalidad distintiva es donde se reconoce a los elegidos.

...
POR LOS SALONES
Exposición de pintores argentinos

Para que el poeta bengalí Rabindranath Tagore supiera que en la Argentina no escasean las manifestaciones artísticas de toda índole, "Los malos amigos del arte", se propusieron organizar una exhibición de obras de pintores nacionales.

El criterio que privó, en la selección de los autores y de las telas que debían exponerse, ya lo adivinará el lector si agregamos que el comité o la comisión que se encarga de estas cosas es decididamente reaccionaria, floja y particularmente exclusivista.

La consecuencia inmediata de lo dicho, es que no valdría la pena de hablar, si las obras que se exhiben no ofrecen algún interés.

Sin embargo, todos los pretextos son buenos cuando se trata de dilucidar inclinaciones que atañen directa e indirectamente al arte.

No sabemos qué criterio posee Tagore acerca de las artes plásticas. Sabemos, sí, que su hermano pinta y se dedica a la decoración, lo que nos induciría a creer que el poeta es posible que se haya familiarizado con los problemas pictóricos.

Si esto resultara cierto, el "arte nacional" no saldría muy bien de esta prueba de fuego a que lo someterían esos burgueses — que lo son, no por su condición social, sino porque piensan bajamente —

quienes nos demostraron hasta el cansancio poseer un gusto estrecho, atrabiliario y de una memez extraordinaria.

En esta exposición figuran el infatigable Figari, el acostumbrado Fader, Centurión, Boti, Guillermo Buttler, Victorica y cuatro o cinco pintores más, que sentimos no recordar; en escultura, Riganeli, Rovatti, Storza, Gargiullo con la cabeza "Humildad", y algún otro que tampoco recordamos.

Creemos que con este conjunto ni se dá la impresión de todo lo mejor, ni de todo lo peor que existe como manifestación plástica, aquí.

Los propósitos que estos Mecenas caricaturescos tuvieron en cuenta al realizar dicha exposición, son algo insólito, misterioso y confuso, muy difícil, para nosotros, de descubrir o descifrar.

Es que así como la suprema inteligencia posee el insondable misterio que aturde a la tontera, cuando es auténtica, también es turbia y enigmática, y nos confunde.

Examinadas las tendencias que priman y se destacan en nuestro medio artístico, no están representadas tampoco aquí las más singulares y características.

Es una síntesis muy pálida y muy pobre. Figari, cuyas telas conocíamos, tiene dos cuadros que posiblemente serán los mejores, ya que se trataba de un certamen único en su género y en su modalidad. Habíamos leído, respecto a este artista, un número variado de críticas donde no se le discutía, y se lo alababa, tomando prestada toda la jardinería de la retórica, comparándolo a los más grandes genios, entre ellos a Goya. Con eso, poco favor le hacían sus admiradores, porque así su personalidad fué anulada por el silencio y el vacío científico de una campana neumática que mata todo lo que encierra dentro de ella, ya que la diatriba desmedida, como el elogio exagerado, significa la misma pereza mental que trata de pasar por alto el fruto que envuelve el desprecio por el árbol.

Por otra parte, las portentosas cualidades pictóricas que muchos pretendían adjudicar a Figari, no asoman en los lienzos que hemos contemplado largamente a fin de darnos cabal cuenta de quiénes tenían razón loándolo o quiénes criticándolo.

La falla fundamental de su composición es la evidente impotencia constructiva: es como un rostro cuyas facciones no acaban de precisar una fisonomía. Todo es vagamente infantil y, no obstante, agradable de color. Ahora, esta infantilidad, que pudiera ser ingenua en un muchacho de diez y ocho o veinte años, en Figari es senilidad que, a medida que pasan los años, va acentuándose. De modo que esta impotencia constructiva, para él es irremediable. Sobre este argumento de la arquitectura de la composición, que hay quienes consideran que es la mejor cualidad de Figari, recordemos el famoso pleito de Ruskin con Whistler. Burnes Jones, citado a declarar como testigo del filósofo de Brantwood, dijo que la producción artística de Whistler había consistido en "sketches más o menos ingeniosos, algunas veces estúpidos, pero casi siempre esquisos". Y agregaba que la dificultad de la pintura estribaba en concluir el cuadro sin que perdiera el vigor y frescura primitivos de lo substancial que pudo haber en el boceto hecho ante el natural. Y concluía arguyendo que eran muy pocos los artistas que ignoraban que muchos amateurs pueden abecetar con más soltura, con más gracia y hasta con más color que los profesionales de la pintura.

Si esto no se aplica enteramente a Whistler, le calza como un guante a Figari, porque su pintura posee todos los rasgos sobrealistas del dilettante que no pinta "pour s'amuser", como Renoir, sino que pretende que esas cosas las hace con toda seriedad y para que los demás las tomen también en serio.

Boti, Buttler y otros... sería ocioso hablar de sus obras después de lo que hemos dicho de ellas.

Encambio, de Victorica, de quien ignorábamos la producción artística, el retrato que presenta resalta en esta sala como un diamante auténtico entre muchos falsos. Es un lienzo bien compuesto, de una simplicidad suma y de factura sobria, que denota la madurez grávida de reflexiones que se ha puesto en la labor continua de creación. Es un cuadro silencioso, denota de sugerencias, donde el carácter de la figura surge magnificado en la máscara mordida por los ácidos del tiempo y de la vida. Es una visión inquietante, que se nos aparece repentinamente modulada

por esa tonalidad cálida de su materia de matices amarillos que se degradan con sonoridades sordas, desde las más graves hasta las luces tiernamente doradas. Nada conocemos de este pintor; solamente sabemos algo por vagas referencias de conversaciones escuchadas al azar. No sabemos si es joven o viejo, si hace muchos años que pinta o recién empieza, lo que poco nos importa. Lo único que nos interesa es la gama noble de que está compuesto su espíritu, lo irreducible de la personalidad humana que nunca se modifica ni se pierde y es como la llama que solamente se apaga cuando deja de vivir. At.

Conceptos de Arte

Todas esas escuelas, todos esos "istas", como despreciativamente los califican algunos que basan sus originalidades en el despecho, todos, son fuerzas concurrentes; las más antagonicas manifestaciones de arte son, por igual, sonidos dispersos de un todo armónico aun no formulado.

Y debemos estimular, aplaudir y ofrendar nuestro cariño a esas tentativas que son plétera de vida con la que se plasma el futuro, exponentes de existencias consagradas a un ideal que requiere sacrificio y fortaleza de carácter para ser vivido.

No solo los conceptos varían en el movimiento colectivo de la actividad artística, sino que en un mismo artista, cuando es artista, se suceden evoluciones de conceptos, unas veces, respondiendo a una lógica consecuente con un principio en determinado ideal: en unos casos, son lógicas que por completo difieren con los principios y fines perseguidos como resultante de las fluctuaciones del medio ambiente; en otros casos el fenómeno es vulgar y motivado por las evoluciones incompletas del individuo, y se produce bien a pesar de las ideas que cree sustentarse; de ahí los eternamente desorientados, los satélites de todo astro que brille aunque sea un momento: estos son los parásitos del Arte, los camaleones de la Idea, los usufructuarios del talento ajeno.

La obra de arte existe desde el momento que bajo el dominio de la Forma se encuentra el signo de lo visible a lo invisible que le da vida y constituye su carácter, ya sea respondiendo a una belleza espiritual una belleza intelectual, una belleza moral o una belleza física.

El arte intenso de los primitivos italianos, y el arte soberano del Renacimiento, son por igual fuerzas potenciales de un ideal superior. Y mientras en pleno siglo XIX un Ingres proclama en Francia la soberanía de Rafael en cuyo altar ofrenda sus talentos, el esteta Ruskin, y con él un grupo de talentosos pintores, vuelven la mirada hacia un pasado más lejano y producen en Inglaterra el movimiento pre-rafaelista. Al propio tiempo surge el romanticismo francés de 1830, el realismo de Courbet y el impresionismo de Manet y de Claude Monet.

Todas esas manifestaciones, que en la época fueron antipodas, son hoy consideradas como exponentes de un alto ideal, figurando la mayor parte de ellas como demostraciones clásicas.

Tal es el valor de los conceptos en Arte: ¡Palabras! ¡Palabras!

Un siglo que cuenta en su haber pintores como Eugene Delacroix, Corot, Rousseau, Millet, Puvis de Chavannes, Sargent y Claude Monet; escultores como Rodin y Constantin Meunier, no está en decadencia.

Un siglo que aporta al Arte nuevos medios de expresión y completa el impresionismo y el "pleinair", formulando el divisionismo, no es una época que perdió su tiempo en contemplaciones híbridas. La marcha de la humanidad es lenta y la evolución del arte responde a la misma ley.

Después de siglos de luchas que se repiten con las mismas variantes ante los mismos fenómenos, llegando siempre a idénticas consecuencias, resultan casi infantes las alarmas de nuestro autor, alarmas que dejan en el ánimo mal preparado, algo así como el pesar del esfuerzo vano, de la desorientación ante los malos caminos, la pena ante la montaña indolentemente escalada, montaña que así resulta vana, valle ensalzador, quimera, nada.

Quince siglos de marchas, de empujes bravíos, de esfuerzos constantemente renovados, hacen que hoy estemos como ayer, con la mirada hacia el infinito, entre cuyas brumas soñamos la meta florida!

¿Y eso es decadencia?

MARTIN MALHARRO

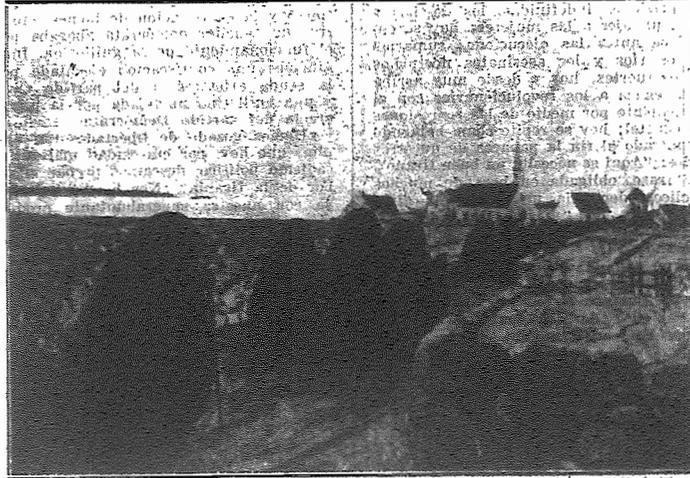
Inopinadamente publicado el primer artículo, donde Martin Malharro refutaba hace quince años, posiblemente a Max Nordau, quien en un libro famoso en aquellos tiempos presentada como degenerados y locos a los abanderados de las escuelas impresionista en pintura y simbolista en literatura, nos olvidamos expresar la causa a que obedecía esta publicación.

La causa fué motivada por un conferenciante que disertó sobre el ultrafuturismo, fabricando por dos docenas de monjas, citando a Oswald Spengler, quien en su li-

bro "Der Untergang des Abendlandes", o sea, "Decadencia de Occidente", magnificando por su verbo poderoso, venía a decirnos más o menos lo que Nordau cuando afirmaba cosas parecidas, hace ya algunos años.

El conferenciante de marras, obedeciendo a la ley de herencia, no pudo abstraerse a la tentación de pignorar, mechando su estudio sobre una "Nueva metafísica de arte" con numerosas citas de numerosos autores. Al escucharlo, estuvimos por imitar a Rossini que, al oír a un compositor novel que había también "citado" a numerosos músicos para que colaboraran en su sonata, saludaba, saludaba a cada momento, hasta que el otro le preguntó: —¿A quién saludas, maestro? —A sus colaboradores.

La verdad, eran tantas las citas que aumentaba el disertador, que el asunto de quitarse el sombrero hubiera resultado sumamente fatigoso. — At.



Ch. COTTET — Tierra natal.

Psicología integral

El fantasma del insomnio

Hamlet, el trágico príncipe de Dinamarca, en el célebre monólogo del cementerio, exclamaba ante la calavera del amado bufón Yorick: Ser o no ser; ¡he aquí el problema! Imitando al famoso personaje del genial dramaturgo inglés, hay multitud de personas que todas las noches, cuando muere el tráfigo cotidiano, y el bienhechor reposo tiende sus alas sobre el mundo, monologando con las sombras exclaman: ¡Dormir o no dormir! ¡he aquí el problema!

Porque esta función del sueño, espontánea y natural en la mayoría de las personas, se convierte en un verdadero problema trágico para muchas gentes, que no los atormenta menos que el hondo problema metafísico del ser y el existir, que desquiciaba el cerebro del pálido príncipe Hamlet.

Los que padecen de insomnio, en efecto, pueden dar fe de la horrible tortura de las noches pasadas en vela, revolviéndose en el hecho de la angustia, el cuerpo vibrante y el alma inquieta, alceada por ideas funebres y terribles. Para esas personas, dormir o no dormir constituye el problema central y trágico de sus vidas. A ellas dedicamos estas líneas, con la sincera esperanza de que les sean benéficas.

El insomnio es una de las formas más angustiosas que reviste el miedo para atormentar al hombre. En la inmensa mayoría de las veces se trata de un hábito que surge en torno de nuestro medio por no poder dormir. El que haya seguido con atención nuestros anteriores artículos se habrá dado cuenta de la enorme importancia que tiene el espíritu desde el punto de vista de su influencia en las funciones corporales. Las emociones destructivas, como la cólera, el odio, la envidia y sobre todo el miedo, perturban la moralidad fisiológica de nuestro organismo, y nos causan daños, a veces, muy graves. Por eso, la nueva ciencia del alma, la psicología integral, ha emprendido una campaña contra el miedo, por conceptual, y con razón, como el peor enemigo del hombre, el que más

trabaja en contra del bienestar, del éxito y de la felicidad del ser humano.

Hemos analizado ya muchos miedos que amargan la existencia de los seres humanos, de origen intelectual unos, afectivos otros: el estudio del miedo a no dormir, o miedo al insomnio, es el complemento de nuestras incursiones por el campo de las fobias de la emoción.

Así como los miedos alimenticios o citofobias son muy frecuentes en las personas nerviosas, el miedo a no dormir también se presenta, muy a menudo, en esta clase de individuos.

Si las personas nerviosas ponen en práctica los consejos de higiene mental que hemos expuesto en nuestras vulgarizaciones psicológicas, si luchan contra su emocionalidad excesiva y logran nutrirse bien; es probable que la ligera tendencia al insomnio que padecían, desaparezca a medida que su nueva forma de vida los va vigorizando; pues no pocas veces la dificultad para conciliar el sueño es debida a la debilidad física que repercute en los órganos nerviosos centrales, en el cerebro. Más común hay casos de insomnio que son verdaderos trastornos de origen psíquico, verdaderas neurosis del sueño, vamos a exponer su origen, sus causas y el mejor modo de combatirlas.

He aquí la descripción del estado de espíritu de los que padecen de insomnio, descrita en una obra de Psicología Aplicada de un psiquiatra norteamericano: "No hay nada en el mundo más importante, para quien padece de insomnio, que el problema del sueño. Sus días son meros interregnos entre las terribles noches pasadas en revolcarse incesantemente en el lecho, con febril inquietud, pensando en el terrible día que no tiene cuando amanece: Con el espíritu preocupado por los efectos desastrosos que, según cree, son la escuela del insomnio, se imagina en la pendiente de la locura, o de la muerte".

"No debemos ridiculizar a estos nerviosos que no duermen. Todos somos un poco así: Si a cualquiera de nosotros le

acontece permanecer despierto una o dos noches enteras, nos asustamos seriamente, y si el desvelo nos dura una semana, consultamos al acto con los médicos, y proyectamos viajes de descanso. El hecho es que la mayoría de las gentes le tienen miedo al insomnio. Conociendo el efecto de una o dos noches de desvelo obligado, y habiendo experimentado la sensibilidad anormal que sucede a esas noches inquietas, resultan lógicos cuando se aterrorizan ante la perspectiva de un insomnio persistente.

Más a pesar de todo eso, el insomnio es un peligro fantasma, un peligro litúrgico. No hay ningún riesgo en permanecer echado y despierto toda la noche, con tal de que el desvelo no provenga de un estímulo físico irritante. El miedo al insomnio se basa en la ignorancia de la diferencia que existe entre el desvelo forzoso, y el desvelo deliberado o insomnio. El hombre que adquiere el hábito, puede permanecer despierto, casi, indefinidamente, sin daño apreciable; pero quien permanece despierto por una semana a causa de un dolor, de una infección que lo envenena químicamente, o porque necesita trabajar en una tarea, cae fácilmente en estado de extenuación... Pero el insomnio es otra cosa.

De lo que antecede resulta que el insomnio no es un mal, en sí mismo, sino por el cortejo emotivo y mental que lo acompaña. El que no puede dormir se desespera, se retuerce febrilmente en el lecho, tambaleando ante la idea de la locura, pues se halla convencido que el desvelo debilita el cerebro y que un sistema nervioso debilitado es favorable al desarrollo de enfermedades mentales de todo género. El miedo al insomnio es el culpable de los daños del insomnio.

Porque nos aterroriza la idea de no dormir, el sueño huye de nuestros párpados; porque no podemos dormir nos desesperamos, y porque nos desesperamos, nos sentimos agotados y tristes al día siguiente de una noche pasada en vela.

Però la explicación psicológica de este círculo trágico del insomnio requiere los detalles de un artículo aparte. En nuestra próxima vulgarización de Psicología Integral nos ocuparemos, detenidamente, de tan interesante tópico.

RACSO.

Anécdota y meditación

Leonardo da Vinci trabajaba en la escuela de Verrochio. Un día, excediéndose sin haber pasado de las lecciones de dibujo, pintó.

Pintó para demostrar que ardía en el alma del divino arte. Su pintura, "Rotella del Fico", se expuso en la tienda del anticuario Resi y fué celebrada por los Maestros. Filippo Lippi la quería atribuir a Pietro del Piave. El Pollaiuolo y Alessandro Filippini no daban con el nuevo autor. Llegó el Verrochio y reconoció la manera de su discípulo. Ejórgo fuertemente la pintura y vaticinó para él que empezaba un fuerte porvenir.

Però el Maestro al día siguiente, hizo comparecer el Discípulo a su presencia para reprenderle y decirle: "Da Vinci, aunque hayas pintado magníficamente una tabla, no sabes pintar. Adviértete el arte, pero no poseas la técnica del arte. Hasta que haya pasado por todos las clases de pintura te prohíbo que intentes pintar nuevos cuadros." — Es cierto, Maestro, — contestó Da Vinci. — Hasta que completé mis estudios no puedo ni debo pintar". Y así lo hizo, Leonardo Da Vinci no pintó hasta haber terminado su aprendizaje.

¡Magníficas enseñanzas! Para todo arte se necesita la técnica, se impone el saber. No debemos fiarnos del genio ni de la intuición; se precisa estar en posesión de la ciencia; la escuela, el aprendizaje, son necesarios. Y quien nos da la lección es Leonardo Da Vinci, el gran artista que fué filósofo, escultor, matemático, físico, anatomista, embriólogo, arquitecto, geniólogo, paleontólogo, fisiólogo, botánico, ingeniero hidráulico, geógrafo, maestro en arte de guerra, y que lo fué todo para poder ser un gran pintor. Su sabiduría iba de complemento a la pintura, y de ampliación partiendo de la pintura. No pasó otro aprendizaje que el de pintar porque vivió en eterno aprendizaje de su arte.

A Leonardo da Vinci le bastaba el genio. Pero es que el genio basta? Pero es que podemos fiarnos del genio? Pero es que no puede sobrar genio? Una avenida de río rompa los diques. Al genio hay que educarlo. Leonardo lo educó. El sabía que nunca una obra debe agotarnos:

EL CAPORALISMO

que hay que poder dar más de lo que se da. El sabía que nunca la obra debe agotarnos; que hay que poder dar más de lo que se da. El sabía que nunca una debía exceder. La cultura es límite. El poder lo que la posteridad le hubiera eliminado. ¡Cómo le sería difícil a Leonardo de Vinci con su genio inflamado, con su monstruosa multiplicidad, llegar a la divina proporción! ¡Cómo le sería difícil evitar por el conocimiento las desigualdades de la apariencia! En nuestra mesa de estudio los dos tomos de Anatomía extractados de los códigos de la Biblioteca Real de Windsor, 438 estudios anatómicos, rebucados, sapientes. El ojo avizor nota el descontento por la duda de la certeza. Cada cuadro leonardiano era precedido de una larga elaboración, de una amarga duda. ¡Oh, difícil belleza! Cada cuadro leonardiano sale de la ciencia del artista.

Una nota: Miguel Angel fué un genio galopante. Da Vinci fué el genio de la razón segura. Por su furor fluminado el episodio de la guerra contra Pisa "Sorprensidos en el baño", pudo vencer a la "Batalla de Anghiari". ¡Dos gigantes! Miguel Angel nos causa estupor. Leonardo Da Vinci admiración. Miguel Angel nos da un ejemplo. Y en arte preferimos el ejemplo y la admiración, al estupor y al aturdimiento.

Da Vinci, pintor, lo quiso saber todo, lo buscó todo para ponerlo en su arte.

La ciudad

En mi opinión, creo no hay nada que pueda revelarnos con tanta exactitud las ideas, los sentimientos y las aptitudes de una dada época de la civilización humana, como el estudio y la observación de una ciudad.

La ciudad es la medida del grado de comprensión que los hombres tienen de la vida. Ella refleja las preocupaciones dominantes del alma humana, y expresa por intermedio de sus edificios, de sus calles, de sus monumentos y, en una palabra, de su organización para satisfacer las necesidades de la vida de sus habitantes; expresa, digo, el concepto que los hombres tienen de la vida, por el uso que hacen de ella y el grado de evolución moral alcanzado. La ciudad es algo así como un documento escrito por las preocupaciones palpitantes del espíritu, en el cual leemos y nos interiorizamos de las costumbres, de los ideales, etc., etc., que constituyeron y constituyen el móvil de las acciones de los hombres.

Bien, si lo que acabamos de exponer es más o menos exacto, debemos reconocer en nuestras ciudades, fruto de la llamada civilización capitalista, síntomas reveladores de un estado mental enfermizo y decadente, que responde perfectamente a la obtusa y mesquina concepción que poseen y alimentan de la vida humana los idiotas "doctorados" y graduados que se inspiran en el degradante y ya más que regresivo principio del autoritarismo.

Las ciudades modernas son el fiel reflejo de una mentalidad de mercaderes, que no poseen más ideal de la vida que el del comercio, ni conciben más placer ni más objetivo que el del tráfico.

La ciudad es el mercado donde la vida humana no es más que una de las tantas mercancías. El hombre de ciencia, el constructor, arquitecto, el ingeniero, en fin, todos esos hombres útiles y necesarios a la vida por sus conocimientos, saben perfectamente que las ciudades no son más que focos de inmundicias, donde la vida humana languidece en esos chiqueros llamados talleres, habitaciones, etc.; pero ellos, como verdaderos lacayos del privilegio, no abrigan más ideal que el de enriquecerse, explotando, como el médico, los sufrimientos del presente orden de cosas. Así es como la ciudad responde al ideal de los piratas del capital.

La revolución social que propiciamos los anarquistas hará con el tiempo que desaparezcan todos estos cachivaches de la burguesía, para que la vida humana recobre el encanto de la naturaleza, utilizando todos aquellos adelantos que favorecen y contribuyen al cultivo y desarrollo de la existencia. Esto es el ideal que animará y estimulará la vida del hombre; porque, digan lo que quieran los traficantes de la vida, la ciencia, el arte y la razón, pretenderán algún día la vida de la humanidad.

En medio a nuestra bajeza, cada vez más intensiva y más extensiva, se debe recordar que los individuos y las naciones no valen sino por su elevación moral, y que ningún sentimiento levantado puede germinar en pueblos resignados a la imposición de la fuerza y regidos por la doctrina de aceptar los hechos consumados. Donde imperan "faites" cashivos o régulos africanos, sólo caben manadas de siervos embrutecidos.

En el Perú se sufre hoy todo y todo queda sancionado con el transcurso de unos cuantos días. No se requiere años ni meses para que un judas refundido en Gil Blas se transforme en personaje ilustre. Hoy se tienen por cosas normales las prisiones indefinidas, los destierros y los ultrajes a las mujeres; hoy se enmudece antes las ejecuciones sumarias en los ríos y los asesinatos nocturnos en los fuertes; hoy y desde muy arriba se amenaza a los revolucionarios con el escarmiento por medio de las represiones sin cuartel; hoy se repite como habiendo encontrado al fin la panacea de nuestros males: "Aquí se necesita un buen tirano". Esa frase, obligada en boca de muchos infelices, denuncia un estado de alma equivalente al "¡Vivan las cadenas!", lanzado en España por los súbditos de Fernando VII.

Y no sólo el militar o fiera práctica usa la frase a manera de jaculatoria; la emplea también el paisano o fiera teórica; al tigre de jaral corea el tigre de salón. El endiosamiento de la fuerza bruta se comprende en el militar, en el ser atávico, de mentalidad inferior, observante de la justicia practicada por el oso de las cavernas no se concibe en médicos, abogados, ingenieros y profesores de universidad, hombres que blasonan de figurar como el exponente de la civilización. Nada preguntáramos a la fiera práctica sobre los buenos resultados de trazar a las naciones, porque sería consultar al tábano sobre la conveniencia de picar a las mulas; pero a la fiera teórica le preguntáramos que naciones se ennoblecieron y prosperaron con las tiranías. Aunque el tirano se llamara César.

Las tiranías, por mucho que pregonen la honradez y la economía, derrochan el oro en favoritos y pretorianos, las tiranías funcionan en provecho de una clase, de una casta y a veces de una familia, con detrimento de la gran masa popular, las tiranías, después de un aparente bienestar momentáneo y de una paz letárgica, legan el hambre, las luchas intestinas y las guerras exteriores, las tiranías empujeñecan a todos, a unos con el servilismo poniéndoles la librea del cortesano, a otros con el miedo, reduciéndoles a la condición de súbditos resignados y temerosos, las tiranías, en fin, persiguen el aflojamiento de las volutades y las emasculación de los cerebros, ahogan toda manifestación libre de la pluma o de la palabra y quieren imponer un largo silencio de tumbas, interrumpido únicamente por el arrastrar del sable. Y esto se pide y se ensalza, al clamar por el advenimiento de "un buen tirano".

Más algo peor se pide y se ensalza. No existiendo en el Perú la carne para formar el César o gran tirano clásico, tiene que surgir el tiranuelo de pacotilla, el coronel apaché, el rata con charreteras, el troglodita galonado, más bien dicho, el caporal. Siempre que refiriéndose a gobernantes y gobierno nacionales digamos tirano y tiranías entiéndase caporal y caporalismo. No el caporalismo napoleónico ni alemán, sino sudamericano, consistente en la autocracia de un soldadote burdo y rapaz que con una mano sablea la constitución y con la otra pega un zapato a la caja fiscal. El caporalismo significa, pues, la degeneración del militarismo, como si dijéramos una degeneración de la efectuada en una regresión porque, el profesional de la muerte llamémose Napoleón o Federico II, no pasa de un regresivo que puede hacernos algún bien; aunque seguramente nos causa mucho mal. Cuando el militar nos salva de la injusticia, agresión extranjera, cumple con su deber y adquiere méritos; pero cuando no se limita a ejercer su oficio de policía internacional, y sirve de sostén a gobiernos ilegales entonces merece el

desprecio y el odio por haberse transformado en arma ciega del caporal. Mas odio infunde y más desprecio, cuando, asociándose al krumiro, al policiazo y al patrón, soluciona las huelgas con el medio expeditivo de fusilar a los huelguistas.

El gusto a caporales y a medidas sangrientas no aparece hoy como novedad; tuvo ya sus manifestaciones esporádicas. ¿Qué piel roja de nuestro ejército no soñó con ser un Porfirio Díaz cuando menos? Hubo alianza defensiva entre el caporal y el abogado; el caporal caporalizaba, el abogado justificaba las fechorías del sable y de la zarpa. Algunos años ha, un tribuno civilista preconizaba el destierro y la confiscación de bienes, mientras un senador demócrata abogaba por el funcionamiento de la guillotina. Imaginemos una confiscación ejecutada por la senda aristocrática del partido Civil y una guillotina manejada por la nigrocracia del partido Demócrata.

¡Hemos gozado de libertades tan amplias que hoy, por curiosidad malsana o sadismo político, deseamos probar el sabor de la tiranía? ¡Nos hemos hastiado ya con nuestra superabundante producción de tipos excelsos como Aristides, Cincinato y Marco Aurelio? ¡A cada paso nos vemos con un Washington y un Lincoln? No; pero nuestra sangre padece la nostalgia de la esclavitud. Aquí los rostros piden bofetadas, aquí las posaderas demandan puntapiés. Según los asiáticos, el europeo trasciende a cadáver; ignoramos el olor que chinos y japoneses huelan en nosotros; pero como el Sol envía luz y flor despide fragancia, hoy la carne perulera emite estufios de abyección. Nuestra geometría moral no conoce líneas verticales. La horizontal es la posición favorita de las meretrices, y de muchísimos peruanos, ellas boca arriba y abrazando al hombre que paga, ellos boca abajo y lamiendo los pies del tiranuelo que arroja la pitanza.

A nada tienen derecho, ni siquiera al desdén piadoso, los que de tal manera traspasan el límite de la servidumbre voluntaria. Gentes con hambre de sufrir "buenos tiranos" se hallan maduras para la conquista: merecen el yugo extranjero, ya que boyunamente claman por el yugo nacional. Quiénes toleran caporales, aguantan conquistadores.

Al Perú debemos figurarle por un horizonte negro, muy negro, donde se destaca un sable enrojecido.

MANUEL GONZALEZ PRADA

En este día de Ayacucho, de embanderamiento, de luces, de colores y de confraternidad peruano-argentina, nosotros también queremos celebrar esta efeméride, publicando un artículo del único pensador que enalteció al Perú con su prédica denodada de un civismo ennoblecido por una espiritualidad rica en matices y contrastes miguelangelescos. Hemos nombrado a González Prada. Nada simboliza mejor a este púgil de las ideas, que el grupo de "Los Esclavos", de Buonarrotti, con su brusco movimiento envolvente en el anhelo de desprenderse de las ataduras terrenales y ausparse a regiones más serenas y menos turbidas. Y si algún día, sobre su mausoleo hubiese de erigirse un recuerdo perpetuado en el mármol, nada más apropiado que un calco de esta estatua de Miguel Angel para simbolizar las luchas, las batallas libradas en un medio hostil, de corteza gelatinosa y de emboscadas mesquinas y feroces.

No pretendemos hablar de la obra literaria, política y filosófica de González Prada, sino decir que mientras la prensa de todo el continente endiosa al Perú en la persona del illiputiense Viramuel Leguía, todo lo que González Prada reprocha a los peruanos de veinte años hace, se aplica castamente a la situación actual peruana y quizás, si se levantase de su tumba, encontraría que se había quedado corto en medir toda la extensión del mal. Porque nunca sufrió el pueblo peruano un yugo más nefasto y aplastador que el de este régimen leguista, y jamás tampoco la raza incaica se enfangó más en la abyección de todos los apellidos groseros.

Esto explica la tiranía inabarcable de una nuidad, convertida en gobernante. Pero abrigamos la fálida esperanza que una vez que esta tempestad de subalternas pasiones que azota la tierra peruana amaine, la figura de González Prada, solo y verdadero tesoro, más valioso que sus minas de oro y plata, surgirá intramucada con una resurrección que será eterna.

BIBLIOGRAFIA

Borghí Armando. — "L'ITALIA TRA DUE CRISPI. CAUBE E COBEGUENZE DI UNA RIVOLUZIONE MANCATA". — Ed. Libreria Internazionale, 14 rue Petit Paris 19, (396 págs.).

Este libro de Borghí merece ser acogido con simpatía y no dudamos que será ampliamente leído por los anarquistas y por los no anarquistas, pues los materiales recogidos y las consideraciones que sugieren al autor son de un gran valor para la comprensión de la actual situación italiana.

En nuestra literatura no son abundantes los libros de esta especie; si descontamos los trabajos de Fabbri (*La Controrivoluzione preventiva, Dittatura e Rivoluzione*), la crítica que los militantes anarquistas hacen a la situación política y social del presente adolece de cierta unilateralidad y de un poco de monotonía. Sin embargo, desde hace treinta o cuarenta años el anarquismo es un factor de la vida de las sociedades que no puede pasarse por alto. Principalmente en Italia serían inexplicables la mayor parte de los fenómenos de la escena política sin tener en cuenta la acción y la propaganda anarquistas. No habría más que pensar en los últimos diez años, desde la semana roja de Ancona en 1913 hasta el advenimiento del fascismo; todo el kaleidoscopio de la vida italiana ha sido matizado por nuestras ideas revolucionarias. Posiblemente haya sido el miedo a la revolución lo que impulsó a Italia a intervenir en la guerra, el miedo a la revolución fué el generador del goliatismo, el miedo a la revolución produjo el fascismo. Los juegos parlamentarios, los cambios de gobierno, las crisis de la banca, la política exterior e interior son casi siempre reflejos de los actos y decisiones que toman los trabajadores en sus organizaciones. La acción de los anarquistas en Ancona, en 1920, originó un cambio repentino de la política colonial italiana. ¿Hubiera sido posible con centenares de discursos en el parlamento un abandono tan inmediato de la aventura albanesa? Los economistas, los sociólogos, los investigadores burgueses de las causas y de los efectos, pueden divagar y hacer filosofía sobre las raíces del fascismo; los anarquistas tienen derecho a decir que si no hubiese existido la Confederación General del Trabajo, la toma de las fábricas y de la tierra se hubiera generalizado y con ello el Estado capitalista habría quedado en la impotencia y el fascismo sofocado en germen. Todas las demás causas de la rendición de las fábricas metalúrgicas son accesorias, secundarias. Hay que reconocer que la historia contemporánea se desarrolla en torno a los hombres del trabajo; la voluntad del proletariado es el factor esencial del desenvolvimiento del mundo moderno; el arte de gobernar los pueblos es hoy un mero asunto de represión política y judicial, una cuestión de fuerza bruta. No siempre fué así, aunque el gobierno haya sido en todos los tiempos opresión, tiranía, dictadura sobre el pueblo laborioso. En el pasado la voluntad y la conciencia de los trabajadores no estaban tan despiertas como hoy; de ahí que tanto en la teoría como la práctica la esencia gubernamental pudiera simularse mucho más; hoy el gobierno es en la teoría y en la práctica un aparato de represión política y judicial y una oficina recaudadora de impuestos. Todas las otras denominaciones son anticuadas o frutos de filósofos o juriscuultos encerrados en torres de marfil y bien alimentados por las fuerzas de la reacción. En consecuencia, otra de las formas políticas del Estado que encontramos raramente es la del conservatismo; en lugar de los partidos conservadores están los reaccionarios en el poder, es decir los conservadores activos del privilegio.

Hacemos estas consideraciones para concluir que no somos ya seres pasivos en la historia, que juzgamos en ella un papel de primer orden y que sólo los ciegos de entendimiento podrán en lo sucesivo explicar e interpretar los hechos de la vida social y política contemporánea sin acudir a la fuente madre: el fuego de las fuerzas de la revolución y las de la reacción.

Armando Borghí, uno de los más destacados inspiradores del movimiento revolucionario del proletariado organizado en Italia, ha estado constantemente en el centro de las luchas proletarias desde

1912 por lo menos; ha vivido en la brecha la campaña contra el intervencionismo guerrero, ha visto cómo se desenvolvió el fascismo durante la guerra gracias a la mentalidad de los ex-revolucionarios; compartió las jornadas inolvidables de la post-guerra, surgió los primeros zarzapos de la reacción después de la traición de los socialistas y de los confederales; es pues un hombre que tiene algo que decir sobre Italia y sobre la "rivoluzione mancata".

El libro traza un sugestivo cuadro de la fase histórica italiana actual, que comienza con un Crispi y vuelve hacia otro Crispi monstruoso, el actual Mussolini; menciona los acontecimientos desde Tripoli a la semana roja de Ancona, la propaganda en favor del soldado Augusto Masetti, la traición confederal; luego pasa revista a la fiebre guerrierista y a la actitud de los anarquistas; describe la influencia de la revolución rusa en los espíritus de las masas italianas y en los diversos partidos políticos; nos hace pasar de la guerra imperialista a la guerra de clases y nos presenta aún a Mussolini aplaudiendo un primer ensayo de ocupación de las fábricas en Dalmine, cerca de Bérgamo.

La oportunidad de 1919-20 era única para las grandes realizaciones y fué desperdiciada y saboteada por los supuestos revolucionarios socialistas, publicanos, etc. Los motivos contra la carestía de las subsistencias se hubiera podido transformarlos en el comienzo de una revolución de no haber mediado los falsos revolucionarios. El regreso de Malatesta a Italia encuentra en las páginas del libro de Borghi una descripción conmovedora y una justa apreciación de su alcance. Se ve cómo los anarquistas y los miembros de la Unione Sindacale Italiana se preocupaban ya antes de la ocupación de las fábricas de estudiar un nuevo órgano revolucionario, el consejo de fábrica, cuya función debía ser pro-

hacer pronto en la práctica; el capítulo dedicado a la toma y rendición de las fábricas está lleno de interesantes revelaciones. Después de este acontecimiento comienza el descenso de la marea revolucionaria y se expresa en toda su significación el fascismo; sigue el arresto de Malatesta y Borghi, la bomba del Diana, la pulverización de las fuerzas proletarias, el avance arrollador del fascismo la actitud de los socialistas, de los comunistas, de los republicanos y su comparación con la de los anarquistas, la única fuerza revolucionaria sincera y la que por consiguiente cayó primero a los golpes de la reacción. Son revelados infinitos hechos desconocidos y el libro entero es avalorado por las deducciones ingeniosas, pero no por eso menos rigurosamente lógicas, que caracterizan a Borghi.

Una de las grandes deducciones que hace el lector después de haber recorrido las páginas hermosamente escritas de este libro es la de la inanidad del frente único. Y Borghi mismo advierte en el prólogo que no ha vacilado en desafiar la crítica de los adversarios que puedan soñar actualmente con un general "abracémonos" en el campo subversivo frente al fascismo. Borghi ha hecho muchas experiencias en ese sentido perdió toda confianza en las acciones comunes de los diversos partidos y tendencias obreras; en algunos artículos periodísticos ha hecho resaltar el pensamiento de los anarquistas de la Argentina, adversarios irreducibles de la unidad de clase y su opinión es que el movimiento obrero de Italia ganaría extraordinariamente si los anarquistas italianos siguiesen el ejemplo de los de la Argentina.

Este libro nos ayuda también a adquirir conciencia de la significación del anarquismo en las luchas revolucionarias y nos sugiere una nueva forma de crítica social libertaria. Hay derecho a recomendar su lectura y su difusión.

D. A. de S.

GERMINAL

En las horas de angustia, cuando la incertidumbre y el peligro amenazan llevar a la depresión y al desaliento, la vida reclama sus fueros, lucha por la afirmación y lanza el grito de esperanza y de fe; ¡Germinal!

Cuando se resiente el desmoronamiento de un mundo o de una ilusión, cuando se advina una transmutación de resultados inseguros, de desenlaces dudosos, cuando la vida corre riesgo y el porvenir se ensombrece y la luz del sol y el vigor de la especie decaen, se amortiguan, se debilitan, la vitalidad robusta reacciona y grita: ¡Germinal!

En el período de las grandes catástrofes, de las grandes palingenias sociales, de los crepúsculos de los dioses, de los pueblos y de los individuos, la resistencia a la aniquilación y la fe en la vida se expresan siempre por esa palabra mágica: ¡Germinal!

¡Germinal! es un grito de lo más hondo del espíritu, de toda una filosofía de lucha y de optimismo, concreta la renovación de la existencia, la cosecha próxima de la siembra de ideal.

En todas las horas aciagas, lo que para los mártires cristianos era la cruz, lo que para los patriotas era la patria y el rey, para nosotros es esta palabra: ¡Germinal!

Una vez un hombre generoso, bueno, pleno de juventud y de vida, gritó al mundo desde lo alto del cadalso: ¡Germinal!, y con esa palabra nos dejó un programa, un principio de vida y de muerte más expresivo, más elocuente, más henchido de sugerencias que un libro voluminoso.

La misma idea fecunda contenida en la voz: ¡Germinal!, gritada por Angiolillo, la escribió Kurt Wilckens unos días antes de ser asesinado. El Estado puede matarme, pero no puede transformar la verdad en mentira.

El anarquismo es una doctrina de amor y no de odio. Malatesta sabe repetírnoslo sin cansarse, cien, mil veces. Y es verdad. El anarquismo no es odio, el anarquismo es amor, amor a la verdad, amor a la justicia, amor a la libertad... Ciertamente en algunos el amor tiene su reverso inevitable: el odio. No conciben que se pueda amar la justicia sin odiar la injusticia, que se pueda amar la verdad sin

odiar la mentira, que se pueda amar la libertad sin odiar la esclavitud. En ellos los amores son tan fuertes como los odios. Sin embargo, creemos que en el fondo de todo anarquista no existe el odio, aunque emplee la palabra para expresar el repudio de lo malo, de lo falso, de lo injusto.

El odio es una pasión tan baja y tan brutal que no puede tener ningún contacto con nosotros; el que sea capaz de abrigar ese sentimiento no es capaz de abrigar los sublimes amores de los espíritus moralmente elevados. El odio no es el reverso del amor, es lo contrario del amor; uno excluye naturalmente al otro.

El observador atento, puede constatar a cada instante que los sembradores del odio de razas, del odio de pueblos, del odio de clases, del odio de partido, de fracción, etc., son todos moralmente iguales, moralmente inferiores, incapaces de profundos amores.

Cuando estudiamos la psicología de los hechos que exteriormente podrían parecerse frutos del odio, los grandes hechos que reivindican los anarquistas orgullosamente, la caída de Cánovas del Castillo, la caída de Varela, se comprueba que sólo el amor los ha producido. Angiolillo no odiaba a Cánovas, Wilckens no odiaba a Varela; ambos amaban al pueblo oprimido y ambos fueron movidos por ese amor. Es por eso que sus nombres merecen respeto, es por eso que sus hechos provocan la admiración.

En lugar del odio, el desprecio, la compasión, la misericordia.

No sabemos si a todos les sucede lo mismo; pero nosotros, cuando los esbirros nos detienen, nos llevan a la cárcel, nos maltratan, gozando sádicamente a la vista de nuestro dolor, en lugar de abrigar un sentimiento de odio hacia esos pobres seres, sentimos misericordia por el bajo nivel de su espíritu. ¿Por qué hablaríamos de odiarles?

Todos los que en nombre del anarquismo han cantado himnos morbosos al odio, o bien se convencieron del error o bien demostraron que sus odios eran lirismos pasajeros o aberraciones de su naturaleza.

El odio destruye ciegamente, sólo el amor destruye y construye al mismo tiempo, con inteligencia, con calor de vida, es decir, solo el amor crea.

No se deben cerrar los ojos ante lo malo, lo defectuoso, lo nocivo del carácter

de los hombres, pero tampoco debemos ser exclusivamente lo negativo en ellos. Cuando se dirigen las miradas sólo a los defectos, se corre el peligro de fomentarlos más aún, de darles más relieve y de ponerlos en situación de sofocar las cualidades.

Es verdad que la naturaleza humana es muy complicada; pero los estudiosos han descubierto algunas leyes generales, aplicables al gran número de los seres. Por ejemplo: se sabe que el hombre obra más por imitación que por contraste. Según el ambiente, así la conducta. Dime cómo andas y te diré quién eres. Por tanto, estimamos que no se debe tomar como hábito la disección de los defectos, por encima de las cualidades. Para reformar a un hombre, para sanear un movimiento, para elevar el nivel moral de un pueblo, exaltemos las virtudes, pongamos el ejemplo de las cualidades; eso será mucho más eficaz, obrará más sólidamente que la crítica a los defectos, a las fallas, a las deficiencias.

Tenemos mucha más fe en la predicación del ejemplo que en la elocuencia de las palabras habladas o escritas. Los ejemplos tienen mucha más consistencia que los discursos y atraen más la imitación. Procuremos que el ejemplo de la vida nuestra dé fuerza a nuestras doctrinas. Y abramos bien los ojos para ver lo que el amigo, el compañero, el hombre revelado de bueno, de positivo, sin exagerar ni ver siquiera en toda su magnitud lo que tiene de negativo, de defectuoso. La renovación ha de venir por el predominio de las buenas cualidades que sofocarán automáticamente los vicios.

Hay momentos de debilidad en que se siente uno inclinado a renegar tres veces de los principios de amor y de fraternidad que valorizan y dan significación al anarquismo. Tropezáis con la obra rastrea del odio, de la intriga, de la maldad y de la ambición personal y raramente se reprime un movimiento de ira, de rebelión, que puede traducirse o no brutalmente, según los temperamentos o las circunstancias. Pero es sólo un momento. Con el odio no desairáremos el odio, con la intriga no venceremos la intriga. Nuestras armas no son esas. Contra el odio oponemos el amor; contra la intriga, la nobleza y la franqueza; contra la calumnia la verdad; contra la ambición personal el desinterés personal.

Ha bastado rascar un poco la piel de nuestro movimiento para que se revela-

ran en él todos los defectos de una educación milenaria; creíamos que nuestras ideas habían operado ya una más honda transformación, espiritual, por lo menos en los que pretendían conocerlas y amarlas. Hemos sufrido una dolorosa desilusión. La idea anarquista es una herramienta incomparable para la edificación de un mundo nuevo con hombres e instituciones nuevas. No obstante todos los contratiempos, esa idea queda en pie. Ninguna rectificación ha sido impuesta por la experiencia. Con ella venceremos. Contra ella afirmaremos la injusticia, la maldad, el egoísmo, la guerra de todos contra todos.

El movimiento anarquista es para nosotros más precioso que nuestra personalidad; por él daríamos lo que no damos por nosotros mismos; por salvar y robustecer ese movimiento sacrificaríamos lo que no sacrificaríamos por salvar y robustecer nuestras vanidades y nuestras pequeñas ambiciones.

Después de la guerra, el movimiento anarquista decayó mucho en sus valores morales; la corrupción que invadió todas las almas parece que ha tenido también su repercusión en nuestro ambiente. El porvenir se nos representa como un inquietante signo de interrogación; si observamos la realidad, no podemos menos de experimentar una leve sensación de miedo al futuro; nuestra fuerza más brillante y más irrealizable, la parte moral y social del movimiento anarquista, está quebrantada, maltrata. Erostratos sedientos de gloria y repletos de vanidades y de concupiscencias quieren pasar a la historia destruyendo la obra de las generaciones. Sombras de crepúsculo cubren la tierra ante nosotros. Hay viejos luchadores que perdieron toda fe y que abrigan la duda sobre la venida de una nueva aurora. Y quedan en las tinieblas, semi-vencidos, como atletas fatigados en la brega.

Bien tristes reflexiones sugiere la realidad de nuestro movimiento, bien dudosas son las vías de salvación; pero la vida se abrirá paso, la voluntad de vivir hará nacer una nueva aurora, radiante, hermosa. Trabajemos con rudeza, como gafanes que no conocen el cansancio ni la debilidad del pesimismo; el esfuerzo y la constancia nos traerán mejores días. Nada de vacilaciones ni de dudas. El porvenir es nuestro. ¡Germinal!

I. K.

IDEALES Y REALIDAD EN LA LITERATURA RUSA

Literatura política - Crítica de arte - Novelistas del último período

(Continuación)

LA SATIRA: SALTIKOF

Con todas las restricciones impuestas a la literatura política en Rusia, la sátira se convirtió, necesariamente, en uno de los medios favoritos para expresar las ideas políticas. Ocupáramos demasiado espacio si quisiéramos hablar, aunque fuese brevemente, de los más antiguos escritores satíricos rusos, puesto que necesitaríamos remontarnos hasta el siglo XVIII. Me limitaré, por lo tanto, a una de las cabezas más representativas de la sátira moderna, SALTIKOF, el cual es más conocido con su nom de plume *CHE-DRIN* (1826-1889).

La influencia de Saltikof en Rusia fué harto grande, no solamente sobre las clases más avanzadas del pensamiento ruso, sino también sobre el público lector en general. Ha sido tal vez uno de los más populares escritores rusos. Haré aquí sin embargo, una observación personal. Aunque desde un punto de vista estrictamente objetivo, en la apreciación de los diversos escritores, no se podrá impedir que un elemento subjetivo se mezcle, y personalmente diré que si bien admiro el gran talento de Saltikof, jamás he podido acoger sus escritos con el entusiasmo con que los acogían la mayor parte de sus amigos. No es que no ame la sátira: al contrario, pero me gusta una sátira mucho más definida que la de Saltikof. Reconozco plenamente que sus observaciones son, a veces, extremadamente profundas y siempre justas, y que en muchos casos prevé acontecimientos que un lector común

estaba bien lejos de sospechar, reconozco que las características satíricas que ha dado sobre las diferentes clases de la sociedad rusa entran en el dominio del buen arte y que sus personajes son verdaderamente típicos. — Y sin embargo, a pesar de todo esto, encuentro que estas excelentes características y estas agudas observaciones se pierden en un diluvio de palabras insignificantes, que fueron ciertamente usadas para esconder las punzadas a la censura, y que por lo tanto disminuyen la eficacia de la sátira, debilitando su efecto (1).

Saltikof comenzó su carrera literaria muy temprano y, como la mayor parte de nuestros mejores escritores, conoció el destierro. En 1847 frecuentó el círculo de los Petrashevski. En 1848 escribió un cuento, *Un negocio complicado*, en el cual las tendencias socialistas eran expresadas bajo la forma de un sueño, accedido a un pobre empleado.

Casualmente, el cuento apareció pocas semanas después de la revolución de febrero de 1848, en un período, por consiguiente, en que el gobierno ruso estaba en guardia. Esto le valió a Saltikof ser desterrado a Viatka, una misera ciudad de provincia en la Rusia oriental, y debió tomar servicio en la administración. El destierro duró siete años, durante los cuales conoció profundamente el mundo de los funcionarios, agrupados alrededor del gobernador de la provincia.

(1) En sus "Estudios críticos de la literatura rusa", 2 vol., 1883 y en su estudio especial, "Saltikof-Che-drin", 1906, el prof. K. K. Arseniev ha hecho un excelente análisis de la obra de Saltikof.

Con el año 1857 llegaron tiempos mejores para la literatura rusa. Saltikof, al que se había sido permitido retornar a una de las capitales, utilizó sus conocimientos de la vida provincial para una serie de *Estudios provinciales*.

La impresión producida por estos *Estudios* fué simplemente enorme; toda Rusia habló de ellos. El talento de Saltikof manifestábase en toda su plenitud y con él comenzaba casi una nueva era en la literatura rusa. Un gran número de imitadores comenzó a criticar la administración rusa, y los defectos de sus empleados. Sin este sentido algo había sido hecho ya por Gogol, pero Gogol, que había escrito veinte años antes, vióse forzado a cuidarse mucho de los generales, mientras que Saltikof podía darle a las cosas su verdadero nombre y describir la sociedad de provincia tal cual era en realidad, poniendo en evidencia la naturaleza venal de los empleados, la corrupción de toda la administración, y la falta de comprensión para las necesidades de la vida.

Cuando Saltikof obtuvo el permiso de volver a Petersburgo, después del destierro, no dejó el servicio del Estado, que había empezado a desempeñar en Viatka. A excepción de una breve interrupción, permaneció empleado hasta 1868. Durante este período fué una vez vicegobernador y otra hasta gobernador de una provincia. Dejó el servicio, definitivamente, para publicar, junto con Nekrasov, una revista mensual: *Otschestvennoye Zpinski* (El diario patria) que llegó a ser, luego de haberse suprimido *El Contemporáneo*, el portavoz del pensamiento democrático en Rusia y siguió como tal, hasta 1884, año en que corrió la misma suerte de *El Contemporáneo*. Saltikof, cuya salud estaba ya quebrantada, murió en 1889, después de una dolorosa enfermedad, magüer la cual, había continuado su actividad literaria.

Los *Estudios provinciales* son, indudablemente, los más característicos de los escritos de Saltikof. Con el correr de los años profundizó su talento y sus sátiras penetraron, cada vez más, en el análisis de la vida civil moderna; de los muchos impedimentos que existen en el camino del progreso, y de la infinidad de formas en la lucha de la reacción contra el progreso. En sus *Cuentos inocentes*, describió alguno de los más trágicos aspectos de la esclavitud de la gleba. Aun en la representación de los modernos reyes de la industria y de la plutocracia, con su sed de oro y sus bajos placeres, su frialdad, y su desearrepanante vulgaridad, Saltikof alcanza las alturas del arte descriptivo; pero todavía elevóse quizás más alto con la descripción del "hombre vulgar", el cual no tiene grandes pasiones, pero que, para no ser molestado en el goce de su bienestar filisteo, no retrocedería ante ningún delito contra los mejores hombres de su época y si fuese necesario prestaría su ayuda al peor enemigo de su tiempo. El acto de este hombre vulgar, que gracias a su limitada vileza, había podido desarrollarse tan vigorosamente en Rusia, suministró a Saltikof los motivos de sus mejores creaciones. Pero cuando llegó a los verdaderos genios de la reacción, los que tienen sujetos a los hombres vulgares con el miedo e inspiran la reacción, si es necesario, con los medios más feroces, entonces la sátira de Saltikof se llamó a vilencio o se llenó de tal cantidad de palabras y expresiones cómicas y mesquinas, que perdió toda su agudeza.

Cuando en 1863 la reacción apoderóse del poder, las reformas de 1861 y las que hubiesen debido ser emprendidas rápidamente, cayeron en manos de los peores enemigos de las reformas mismas, cuando los viejos propietarios de los siervos de la gleba hicieron todo lo que pudieron para reintroducir la esclavitud de la gleba o por lo menos sujetar a los campesinos con impuestos excesivos o elevados arrendamientos de manera que, prácticamente, volvieran a ser esclavos — entonces Saltikof publicó una serie de sátiras que representaban maravillosamente esta nueva clase de personas. La *Historia de una ciudad* era una historia cómica de Rusia, llena de alusiones a las corrientes intelectuales de la época. El *Diario de un provinciano en Petersburgo*, las *Casas de la provincia* y *Los Pompadours* y *Los Pompadours*, pertenecen a esta serie, mientras que *Aquellos señores de Tusconk* describen a los muchos que por entonces trataban de hacerse rápidamente ricos con la construcción de ferrocarriles, con la anexión de nuevos territorios, etc. En estos *Estudios*, como en los que describió en la descripción de los sucesos y males que produjeron de la esclavitud de la gleba (*La familia Golodoff*, *La vieja Pochechov*) creó personajes de los cuales algunos, como Yaruska, son de fuerza casi shakespeariana.

Finalmente, al principio del año "ochenta", cuando la terrible lucha de los terroristas contra la autocracia había tocado a su fin y con la elevación de Alejandro III al trono la reacción triunfaba plenamente, las sátiras de Saltikof llegaron a ser un verdadero gesto de desesperación. A veces el escritor satírico en su melancólica ironía es verdaderamente grande, y sus *Cartas a mi tía* vibran no solamente como documento histórico, sino como documento profundamente humano.

Es menester hacer notar también que Saltikof poseía verdadero talento para los cuentos. Algunos de ellos, especialmente los que hablan de los niños en la esclavitud de la gleba, son de incomparable belleza.

LA CRÍTICA LITERARIA

El principal canal en que fueron a desembocar las ideas políticas en Rusia, durante los últimos cincuenta años del siglo pasado, fué la crítica literaria, que alcanzó allí por lo tanto, un desarrollo y una importancia no lograda en otros países. La crítica de arte fué la verdadera alma de las revistas mensuales rusas; los artículos de crítica representaban un acontecimiento mayor que el de la novela del escritor preferido, que fuese insertada en el mismo número. El crítico de una revista es el guía espiritual de las nuevas generaciones: de suerte que, durante

el último medio siglo se desarrollaron en Rusia una serie de críticos de arte, cuya influencia en la corriente espiritual del tiempo fué harta mayor y más extendida que la que pudo haber ejercido cualquier escritor en distinto campo. Y es esto tan cierto, que el mejor modo de indicar la dirección espiritual de una época dada, es el de señalar el nombre del crítico de arte que durante dicha época ejerció más influencia. Bielinski de 1830 a 1850, Chernischevski y Dobroliúbof en todo el decenio siguiente y en los comienzos del otro, Disaref del 70 al 80 dominaron uno después del otro, cada cual en su generación, las ideas de la juventud culta. Sólo más tarde, cuando comenzó la verdadera agitación política, que hacia el mismo tiempo, aun en el campo del progreso, tuvo dos o tres corrientes diversas, Micalivski, el crítico principal del período que abarca desde el ochenta hasta nuestros días, representó una sola de las mencionadas corrientes.

PEDRO KROPOTKIN

(Continuará)

RICARDO FLORES MAGON

El apóstol de la Revolución Social Mexicana

(Conclusión)

No hacerlo es afirmar lo que dicen nuestros contrarios: que está muy lejano el tiempo en que pueda implantarse nuestro ideal.

Actividad, actividad y más actividad, esto es lo que reclama el momento. Que cada hombre y cada mujer que amen el ideal anarquista, lo propaguen con tesón, con terquedad, sin hacer aprecio de burlas, sin medir peligros, sin reparar en consecuencias.

Manos a la obra, camaradas, y el porvenir será para nuestro ideal. *Tierra y libertad*.

Este es el manifiesto por el cual Ricardo Flores Magón y Librado Rivera fueron procesados y condenados el primero a 21 años y el segundo a 15 años de presidio. El 15 de agosto de 1918 ambos delinquentes entraban en la prisión de Mc Neill Island, Estado de Washington, a cumplir la sentencia. Flores Magón llegó enfermo a la penitenciaría y fué sometido a tratamiento médico. Después de haber leído íntegramente el cuerpo del delito, está de más afirmar que el proceso entero ha sido un complot judicial para perder a esos dos hombres.

En Leavenworth.

Después de quince meses de permanencia en Mc Neill Island, Ricardo Flores Magón fué trasladado a Leavenworth, Kansas, a solicitud propia, pensando que en ese establecimiento podría atender mejor su salud. Librado Rivera consiguió también el traslado, nueve meses más tarde.

La vida en Leavenworth es una continua tragedia. No sólo no mejoró la salud, sino que fué empeorando, y a su malestar se añadió poco a poco una afección visual que le iba privando de la vista. La ceguera era un estado que le causaba terror, y si por algo imploraba a sus amigos de afuera que hicieran algo en favor de su liberación, fué con objeto de atender a su salud y de salvarse de quedar ciego.

El gobierno mexicano votó una pensión para el prisionero de Leavenworth que, naturalmente, fué rechazada por el beneficiado, que no quería deber nada a ningún gobierno.

Poco antes de morir escribía a un amigo:

"La máquina del gobierno nunca pondrá atención a mis sufrimientos. Los intereses humanos nada tienen que hacer con los oficiales del gobierno; ellos forman parte de una tremenda máquina, sin corazón, sin nervios y sin conciencia."

"Que voy a quedar ciego? La máquina dirá con una encogida de hombros: tanto peor para él. ¿Que tengo que morir aquí? Bien — dirá la máquina: habrá espacio bastante en el cementerio de la prisión para un cadáver más."

Si tuviera yo un amigo con influencia en la política, se me podría poner libre aun en el caso de que protestara uno o todos los diez mandamientos. Pero no tengo ninguno, y por cuestión de conveniencia debo podrirme, y morir encerrado, como bestia feroz, en una jaula de hierro.

Mi crimen es uno de aquellos que no tienen expiación. ¿Asesinato? No, no fué asesinato. La vida humana es cosa barata a los ojos de la máquina, por esta causa el asesino consigue fácilmente su libertad o si ha matado por mayor, nunca será alojado en una jaula de hierro, sino que, en vez de eso, se le cargará con

crucos y medallas honoríficas.

"¿Esta? ¡No! Si este fuera el caso ya habría sido nombrado presidente de cualquier gran corporación."

"Soy un soñador: este es mi crimen. Sin embargo, mi sueño de lo bello y mis acariciadoras visiones de una humanidad viviendo en la paz, el amor y la libertad, sueños y visiones que la máquina aborrece, no morirán con uno: mientras exista sobre la tierra un corazón adolorido o un ojo lleno de lágrimas, mis sueños y mis visiones tendrán que vivir."

Flores Magón, el combatiente rudo de antes, endulzó su sensibilidad en la última de sus prisiones; en lugar de arengas fogosas, de llamados vibrantes al combate, las cartas que nos quedan de ese período de 1918-22 revelan una dulzura y una magnanimidad sorprendentes; en todas sus cartas aconseja a los amigos, los

comprar su libertad con un arrepenimiento cobarde, cuando cada día amaba más sus ideas libertarias y estaba más convencido de su razón de ser y de su triunfo inevitable!

La muerte del apóstol.

La salud de Flores Magón era delicada ya; un hombre de su estatura y de su constitución no debía pesar menos de 200 libras, y en cambio solo pesaba en noviembre de 1922 unos 155. El 20 de noviembre de ese año formó con todos los presos, en las filas del rancho y cruzó algunas palabras con su compañero Librado Rivera, de cuya celda había sido alejado un tiempo antes. Nada de anormal; horas más tarde apareció muerto en su calabozo. ¿Un asesinato? Sí, un asesinato. El responsable es el gobierno de los Estados Unidos.

Trece años en la cárcel.

Flores Magón tenía poco más de cuarenta y nueve años de edad y había pasado más de 13 en las diferentes prisiones de México y Estados Unidos.

Ecos de la muerte.

La noticia de la muerte de ese rebelde corrió como un relámpago por la prensa obrera de todos los países. El proletariado de México, el amigo y el enemigo, lloró la desaparición del hombre que más había hecho y sufrido por emancipar el pueblo mexicano del yugo del capital y la autoridad.

El 23 de noviembre, la Cámara de diputados de México rindió su tributo al luchador caído; enlutó la tribuna y la bandera nacional estuvo a media asta en el país; se pronunciaron discursos; Díaz Soto y Gama terminó así:

"Eu lugar de pedir a Vds, algo de luto, algo de tristeza, algo de crespones negros, yo pido un aplauso estruendoso, que los revolucionarios mexicanos, los hermanos de Flores Magón, dedican al hermano muerto, al gran rebelde, al inmenso inquisito, al enorme hombre de carácter jamás manchado, sin una mancha, sin una vacilación, que se llamo Ricardo Flores Magón". Un grupo de diputados propuso lo siguiente:

"Los diputados que suscriben, animados por el propósito de rendir un homenaje póstumo al gran revolucionario mexicano Ricardo Flores Magón, mártir y apóstol de las ideas libertarias, que acaba de fallecer, pobre y ciego, en la fría celda de una prisión yanqui, proponemos a esta Honorable Asamblea tome el siguiente acuerdo:



Manifestación fúnebre en honor de Ricardo Flores Magón, al recibirse su cadáver en la Estación del Ferrocarril en Aguascalientes, México

alienta para una resistencia espiritual a la autoridad y a la injusticia; se ve en esas misivas privadas al hombre que ha pasado los años mozos y que mira al porvenir con optimismo, pero sin los arrebatos de la juventud. Flores Magón ha sido sostenido en sus últimos años por su fé en la anarquía, por su amor a la libertad. Los sufrimientos de la prisión torturaban su cuerpo y lo reduían más y más a un deshecho humano, pero su espíritu irradiaba con nuevos fulgores y emanaba luz meridiana a medida que su cuerpo era minado por la enfermedad y que sus ojos se cerraban a la luz del sol.

Una vez los amigos de afuera lograron que las autoridades volvieran a examinar el caso de los prisioneros de Leavenworth; pero fué una mera fórmula; se negaron luego a libertarlos, con el pretexto de que no estaban "arrepentidos". ¡Coco si Flores Magón hubiese sido capaz de

Único: Trágase a descansar al suelo de la patria, por cuenta del gobierno mexicano, los restos mortales de Ricardo Flores Magón."

Ni una sola voz se opuso. Efectivamente, los restos mortales ya no constituyen un peligro para los señores diputados y para sus mandatarios, los grandes terratenientes de México. Los deudos y amigos de Flores Magón rechazaron los honores oficiales y transportaron por su cuenta el cadáver, que fué recibido en triunfo por los proletarios al paso del fúnebre trofeo.

D. Abad de Santillan

Berlín, 2-10 octubre de 1924